

DOS RÉPLICAS

I

LA SAÑA CELOSA DE UN ARABISTA

Me es ingrato replicar a Lévi-Provençal después de su muerte. No he podido hacerlo antes porque desde hace años me he consagrado íntegramente a preparar mi obra: *España, un enigma histórico* y desde hace más de dos a la corrección del original y de las pruebas de la misma y a su apostilla e ilustración. Durante esos largos años sólo he publicado trabajos surgidos de la misma entraña de ese libro y estudios o ensayos redactados hacia tiempo y que por unas u otras razones no habían sido impresos en la ocasión para la cual fueron escritos. Porque no llegó a publicarse la traducción de la *Historia Compostelana* de Arminda Castagnino; porque no lo fué tampoco la edición popular de la *Crónica de Pedro el Cruel* del Canciller Ayala, preparada por Delia Isola; porque interrumpida la redacción de mis « Orígenes de la Nación Española », sacaba de sus páginas inéditas algún capítulo cuando alguna revista de la Universidad de Buenos Aires me requería con urgencia algún original; etc., etc.

No podía además sospechar que pudiera morir tan temprano Lévi-Provençal a quien vi joven y fuerte en París en 1953. Le anuncié ya entonces mis propósitos de contestar a sus críticas y esperé para cumplirlos a quedar liberado de las apremiantes tareas que la publicación de mi obra me imponía. Al verlas hoy terminadas se me ha planteado un problema de conciencia. No podía seguir guardando silencio ante los injustos trallazos del profesor de la Sorbona — trallazos que ha repetido después de 1953 — pero para replicar a ellos había de enfrentarme con una sombra. Al cabo me he decidido a ejercer el legítimo derecho de defensa que no caduca, en cuestiones de honor, con la muerte de quien nos ha maltratado, con desdén o con saña. Y heme aquí, en una pausa entre dos empresas editoriales, decidido a responder a las arremetidas de Lévi-Provençal. Para volver por mi crédito de estudioso y para seguir adelante en mis trabajos. Sólo después de restablecida la verdad podré

concluir mi *Historia del reino de Asturias* y mis *Instituciones astur-leonesas*.

La última generación de arabistas españoles e hispanizantes no ha seguido las huellas de la anterior, tan generosa con cuantos nos acercábamos a sus maestros, en demanda de noticias o para aclarar alguna duda. Nunca podré olvidar la ayuda recibida de Asín y de Antuña, por ejemplo. Los epígonos han recibido con hostilidad a cuantos medievalistas nos veíamos obligados, a veces, a estudiar la historiografía hispano-musulmana para poder utilizarla científicamente en nuestras investigaciones de la historia cristiana española; y a cuantos aprovechábamos esa historiografía para investigar algún problema de la historia hispano-islamita que había proyectado su sombra en la vida de la cristiandad peninsular.

Nos forzaba al estudio de la historiografía arábica el desdén de los arabistas por su análisis y el rigor de nuestros métodos de trabajo, que no se avenían a la utilización indiscriminada de los autores musulmanes sin conocer su auténtica autoridad y el crédito que en verdad merecían. Y nos obligaba a estudiar algunas páginas de la historia islámica peninsular su condición de pasajes de la historia cristiana española.

Los arabistas españoles o hispanizantes podían haber medido todo el celoso esfuerzo que hube de emplear para escribir mis *Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII*¹ que necesitaba valorar con precisión para investigar el problema de la caballería islamita, al decidirme a rechazar la tesis de Brunner sobre su eficacia en el surgir del feudalismo. Mi paciente y cuidadosa labor en lugar de complacerles les irritó. Podían haberla mejorado; eso habría sido lo científico. Pero ello les habría obligado a un ingente trabajo, parejo del mío — lo confesó García Gómez, hace años, en carta que aun conservo — y no le acometieron. Mi eminente colega madrileño descargó su mal humor contra mí², so pretexto de que yo había publicado, en los *Cuadernos de Historia de España*, el estudio de mi llorado amigo Melchor Antuña, no ciertamente en mi provecho sino en honra y homenaje a su memoria³.

¹ *En torno a los orígenes del feudalismo*, t. II, Mendoza, 1942.

² GARCÍA GÓMEZ, *A propósito de Ibn Ḥayyān, Al-Andalus*, XI, 1946, p. 396.

³ MELCHOR ANTUÑA, *Ibn Ḥayyān de Córdoba y su historia de la España Musulmana, Cuadernos de Historia de España*, IV, 1945, pp. 5-71. Nunca pensó su autor dejarla inédita. No llegó a publicarla porque fué asesinado durante la revolución social que siguió al alzamiento militar de julio de 1936. Me había confiado una de las tres copias de su estudio. Habíala yo utilizado y citado con frecuencia al redactar mis *Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII*, Mendoza, 1942. Habían transcurrido

Pero Lévi-Provençal fué más lejos, me maltrató a las claras, criticando con gesto desdeñoso mi labor, desde el Sinaí de su arábica erudición.

Cuando se considera errónea una tesis, los estudiosos tenemos el derecho y el deber de discutirla, pero bajando al ruedo — perdonésemelo el símil taurino — y tomando al toro por los cuernos. Quiero decir que podemos y debemos discutirla seria y celosamente, señalando sus fallas y los argumentos en que basamos nuestro disenso. Yo lo he hecho muchas veces. La última al escribir mi: *España, un enigma histórico*, dos volúmenes de alrededor de 1.500 páginas, con el propósito, inicial, de discutir las teorías de Américo Castro. Lo que no he hecho jamás es subirme en una nube para lanzar rayos jupiterinos contra nadie. Ésa ha sido, en cambio, la actitud de Lévi-Provençal contra mí. Y es el caso que puede ser apeado de la nube sin esfuerzo.

Sin esfuerzo he comprobado sus errores, contradicciones, indecisiones y descuidos — se los reprochó en su día a mi amigo el P. Antuña después de muerto — cada vez que me he acercado a temas por él estudiados. Al azar así de un ocasional enfrentamiento he podido captar muchos de ellos.

Señalé el primero al demostrar que el neurótico Ibn Abī 'Āmir, amigo de Ibn Ḥazm y en quien Américo Castro ha querido ver un proto Don Juan, no pudo ser un nieto de Almanzor como Lévi-Provençal había

cuatro años desde el fin de la guerra civil. Juzgué perdidos en ella los otros dos ejemplares de la tesis doctoral de mi amigo, cuando encomendé al gran arabista argentino Machado la preparación del original de Antuña para su edición con graffa técnica. No oculté el carácter de homenaje póstumo que la publicación tenía. Reflejaba el estado de la investigación Hayyánica antes de 1936 ¿Qué daño hacía yo ni al arabismo hispano, ni a la memoria de Antuña con editar su estudio? Pudo García Gómez dar noticia de los avances logrados en el conocimiento de la obra de Ibn Ḥayyān desde la muerte de su colega escurialense. Sólo el mal humor por mis interferencias en el campo de la historiografía y de la historia hispano-árabe puede explicar su irritación por el amistoso tributo que yo rendía al P. Melchor Antuña y su ex abrupto contra mí, contra un amigo — suyo y de todos los arabistas españoles — que, desterrado por profesar ideas liberales, guardaba fidelidad a la memoria de un sabio sacerdote agustino, y había además mostrado pública devoción y había exaltado en América la obra y el recuerdo del maestro de García Gómez, del también sacerdote don Miguel Asín. Hace ya muchos años que tengo perdonada la injusta arremetida. He querido sólo aquí explicar mi limpieza de intención al dar a la estampa la tesis doctoral de Antuña, como había publicado sus versiones, inéditas también, de Ibn Abi Rīqā' y de Ibn Abi al-Fayyād, siempre movido por el hispano sentimiento de fidelidad a la amistad en vida y en muerte.

sostenido ⁴. Ningún niño de siete años hace llorar de amor a una mujer. Y ha aceptado mi prueba García Gómez al agradecerme la elogiosa crítica que hice de su estudio sobre « El collar de la Paloma ».

He recogido muchas de tales caídas al estudiar los *Problemas de la historia navarra del siglo IX* ⁵: a) Supone conquistada Pamplona para el Islam por 'Uqba, (734-739) aunque desde los días de Codera se sabe fué ocupada antes del 718. Con razón le ha reprochado ese error Fray Justo Pérez de Úrbel ⁶.

b) Muestra a Furtūn ibn Qasī presentándose a Tāriq y abrazando el islamismo, para conservar sus bienes. Después de leerme, cuenta en el mismo libro, cómo fué Qasī padre de Fortún — es decir el conde Casius que yo he sacado a luz — quien se convirtió al Islam y fundó la stirpe de los Banū Qasī ⁷.

c) Mientras en un pasaje hace a la viuda de Mūsā ibn Furtūn casarse con Íñigo Arista, en otro presenta al primero — asesinado en 788 — contrayendo matrimonio con Assona, hija del segundo, que murió en 852 ⁸.

⁴ Lévi-Provençal lo afirmó en su estudio: *En relisant le « Collier de la Colombe », Al-Andalus*, 1950, XI, pp. 351-353. Le he rectificado en mi nota *Ante una versión de « El Collar de la Paloma », Cuadernos de Ha. de Esp.*, XVIII, 1952, pp. 147-150.

En un *Post scriptum* a su reseña de la traducción de García Gómez del *Collar de la Paloma* de Ibn Ḥazm (*Arabica, Revue d'Etudes arabes*, I, 1954, pp. 96-98), Lévi-Provençal ha tratado de invalidar mi rectificación con la cantilena de que yo no soy arabista. Para rechazar su identificación con un nieto de Almanzor, del amigo de Ibn Ḥazm en quien la imaginación desenfrenada de Américo Castro ha visto un proto Don Juan, no se necesita poder leer de corrido los textos árabes. Basta el sentido común; no sólo porque es imposible que un niño de siete años haga llorar de amor a una mujer sino porque cronológicamente no es lícita la confusión entre los dos personajes. Lévi-Provençal escribe además « ¿ Pourquoi Claudio Sánchez-Albornoz appelle-t-il mon article d'*Al-Andalus* (XI, 1950), Promenade à bâtons rompus à travers le Collier de Colombe? Se promener, même à bâtons rompus, à travers un collier me semble une prouesse de haute école au dessus de mes capacités ». El gran arabista no sólo carecía de ironía, sino de memoria. En su artículo de *Al-Andalus*, XV, 1950, p. 358, escribe: « Je crois qu'il est temps d'arrêter cette trop longue promenade à bâtons rompus à travers le Collier de la Colombe au texte si peu sûr... ». Del mismo tenor son sus otros reproches, que voy a enfrentar aquí.

⁵ *Cuadernos de Historia de España*, XXV-XXVI, 1956, pág. 5-81.

⁶ Compárense las noticias de: Lévi-Provençal: *Du nouveau sur le royaume de Pamplune au IX^e siècle*. *Bull. Hisp.*, 1953, LV, n° 1; Codera: *Pamplona en el siglo VIII*, *Col. Est. Ar.*, VII, p. 141; Pérez de Úrbel: *Lo nuevo y lo viejo sobre el origen del reino de Pamplona*, *Al-Andalus*, XIX, 1954, p. 2, n° 1.

⁷ Compárense las dos noticias en su *Histoire de l'Espagne musulmane*, I, pp. 21 y 101 y I², pp. 22 y 154.

⁸ Compárense los dos pasajes en su *Hist. Esp. Mus.*, I², pp. 155 y 215.

d) Refiere que los pamplonenses eligieron como jefe al gascón (?) Velasco después de asesinar a Mutarrif ibn Mūsā en 798. Ibn Ḥayyān afirma que Mutarrif fué muerto en 799 y nada dice de la elección de Velasco, a quien sólo hace entrar en escena en 816⁹.

e) Rechaza mi conjetura — aceptada por Lacarra y por Pérez de Úrbel¹⁰ — sobre la conquista de Tudela en 803 por los Aristas aliados a los Banū Qasī. Y se obstina en suponer que fueron los francos quienes asaltaron la plaza y cautivaron en ella a Yūsuf ibn 'Amrūs¹¹. No le sorprenden: ni el silencio de las historias y anales carolingias sobre esa supuesta campaña al sur del Pirineo, ni lo alejado de Tudela de la frontera pirenaica, ni lo inverosímil de la alianza de Carlomagno con los renegados del Ebro, nietos del conde visigodo Casius, después del fracaso de su expedición a Zaragoza. Le basta para acusarme de error con recordar que Ibn al-Aṭīr llama francos a los aliados de los muladíes conquistadores de Tudela. Ignora que el historiador de Mosul, mal informado de las naciones de Occidente, tiene por francos no sólo a los catalanes, lo que fué habitual en los cronistas musulmanes, y a los vascos de Álava, lo que ya sería muy difícil de explicar, sino a todos los cristianos de España, incluso a gallegos, castellanos y toledanos, y califica de reyes francos a Alfonso II, Ordoño I, Alfonso VI, Alfonso el Emperador y Alfonso VIII¹².

⁹ Compárense las palabras de Lévi-Provençal, *Hist. Esp. Mus.*, I^o, p. 217, con las de Ibn Ḥayyān, trad. García Gómez, *Al-Andalus*, XIX, 1954, p. 297.

¹⁰ LACARRA, *Historia Pirenaica: Siglos VIII al X. Est. Edad Media Cor. Aragón III*, 1937-1948, p. 752 y *Crónica Histórica del Pirineo (Siglos VIII al X)*, *Pirineos* V, 1949, p. 323 y Pérez de Úrbel: *Lo viejo y lo nuevo sobre el origen del reino de Pamplona*, *Al-Andalus*, XIX, 1954, p. 9.

¹¹ *Hist. Esp. Mus.*, I^o, p. 181, na. 2.

¹² Para Ibn al-Aṭīr todos los cristianos de España eran francos: Titula « Expédition contre les francs », la de 'Abd al-Karīm ibn Mugaiṭ contra Asturias en 795; comienza su relato escribiendo: « En 179' (26 mars 795) Hichâm, prince d'Espagne envoya en Galice une armée considérable » (Trad. Fagnan p. 151). También llama « Expédition contre les francs » a la realizada en 796 por el mismo general (Trad. Fagnan p. 154), quien según Ibn Ḥayyān, remontando el Ebro llegó hasta el Cantábrico (Lévi-Provençal: *Hist. Esp. Mus.*, I, p. 122). Encabeza con el título « Expédition contre les francs », su narración de la campaña del citado 'Abd al-Karīm del 816, que terminó en el Wādi Arūn, es decir en el valle de Miranda (Compárense las versiones de Fagnan de Ibn al-Aṭīr, pp. 179-180 y de Ibn 'Idārī, II, pp. 121-122). « Bataille entre les musulmans et les Francs d'Espagne » titula la del Guadacelete del 855 en que Muḥammad venció a los toledanos auxiliados por Gatón hermano de Ordoño I. « Les tolédans — escribe — informèrent aussitôt les Francs — se refiere a las fuerzas enviadas por el rey de Oviedo — de la faiblesse numérique de leurs ennemis » (Comp. la^s

f) Se empeña en identificar con Araquil, la Peña de Qays, vecina de Pamplona. Lacarra la reduce a la Peña de Echauri, y es segura la identificación de Araquil con Ara-celi, que naturalmente se pronunciaba Arakeli ¹³.

g) Ofrece tres indicaciones distintas acerca de la fecha en que murió García Iñiguez y no ya en su *Histoire de l'Espagne musulmane* sino en su folleto de 22 páginas: *Du nouveau sur le royaume de Pampelune au IX^e siècle*. Después de referir la derrota del citado rey navarro por el ejército de Muḥammad I en 860, declara: « Sans doute García Iñiguez ne survécut'il longtemps a sa défaite ». En su « Tableau généalogique de la première dynastie vasconne » se lee: « García I^{er}; roi (†) vers 865 ». Al trazar su « Chronologie (jusqu' en 905) » escribe: « 870 (?) Mort de García Iñiguez ». Y es el caso que el mismo Lévi-Provençal ha publicado un pasaje de Ibn Ḥayyān en que García aparece aún peleando en 870 ¹⁴.

h) De doña Iñiga hija de Fortún Garcés — apresado por Muḥammad I en su campaña del 860 — compañera de cautiverio de su padre en Córdoba y en la que el futuro emir 'Abd Allāh engendró a su primogénito Muḥammad, nacido en 864, Lévi-Provençal, que registra todos estos hechos, escribe: *Cette Doña Iñiga... avait dû naître à Cordoue au cours de la longue captivité de son père dans cette ville*. Avant de devenir

trads. de Fagnan de Ibn al-Aṭīr, p. 232, y de Ibn 'Idārī, II, pp. 154-155). « Prise de Tolède par le francs », así encabeza su relato de la conquista de Toledo por Alfonso VI. « En 478 (20 avril 1085) — escribe — les Francs conquièrent sur les musulmans la ville de Tolède ... Alphonse roi des Francs d'Espagne ... (Trad. Fagnan pp. 480-481). « En 529 (21 oct. 1134) el Mostançer Billah ben Houd conclut avec le petit roi franc de Tolède », dice refiriéndose a una tregua firmada por Alfonso VII (Trad. Fagnan, p. 553). « Conquête par les Francs d'Almería », llama a la narración de la conquista de esa plaza por Alfonso el Emperador en 1147 (Trad. Fagnan, p. 562). « Les Francs assiègent Cordoue sans succès », titula el asedio de la antigua capital de España musulmana en 1150 por el mismo « Alphonse roi de Tolède et des environs qui regnait sur le peuple franc de Djelâlik'a (Galiciens) » (Trad. Fagnan, p. 569). Y llama a la campaña que terminó en la batalla de Alarcos « Guerre d'Abou Yousof Ya'koub contre les Francs d'Espagne ». « En effect, le roi franc d'Espagne, Alphonse... » escribe refiriéndose a Alfonso VIII (Trad. Fagnan, p. 609).

¹³ *Hist. Esp. Mus.*, I^o, p. 216, na. 1. No sospechando ese claro enlace fonético, escribe: « Araquil étant une déformation phonétiquement plausible de Sakhara (léase Sajra) kais ».

¹⁴ Compárense las afirmaciones de Lévi-Provençal en su citado estudio *Bull. Hisp.*, LV, 1953, pp. 17, 21 y 22 y el pasaje de Ibn Ḥayyān, trad. García Gómez, *Al-Andalus*, XIX, 1954, p. 310.

la femme de 'Abd Allāh... elle aurait été l'épouse d'Aznar Sánchez de Larraun »¹⁵. Doña Íñiga habría concebido a los cuatro años al padre de 'Abd al-Rahmān III. No cabe más disparatada contradicción.

i) Comete varios errores y olvidos en el « Tableau généalogique de la première dynastie vasconne et de la famille des Banū Qasī ». Hace casar a las hijas de un Lope hijo de « Muza » I (m. 788) y hermano de « Muza » II (m. 862), con los hijos de un Íñigo Sánchez que nunca existió. Tres hijos de Íñigo Garcés, hermano de Sancho Garcés de Pamplona (905-925), casaron en verdad con tres hijas de un miembro de la familia de los Banū Qasī, de Lope b. Muza (m. después del 871) o de Lope b. Muḥammad b. Lope b. Muza (m. 907)¹⁶. Olvida el matrimonio de Muṭarrif ibn Mūsā (m. 872) con una hija de García Íñiguez¹⁷. Fecha alrededor del 865 la muerte del primero de estos Lopes — del primogénito de « Muza » — que vivía en 871¹⁸. Habla de la muerte de Muṭarrif hijo de Muḥammad hijo de Lope por un Muḥammad b. 'Abd Allāh b. Lope; 'Abd Allāh fué en verdad hermano de Lope¹⁹.

Podría llevar mi crítica mucho más lejos. Sin entrar en ella de propósito, meros recuerdos de la lectura de su obra me permiten señalar otra serie de errores y caídas.

1) No son raras sus tan tajantes como erradas afirmaciones: « Sans son *Muqtabis* — escribe de Ibn Ḥayyān — nous ne disposerions d'aucune citation des deux Rāzī »²⁰. Pero tal aserto es inexacto. Poseemos docenas y docenas de citas de Aḥmad al-Rāzī recogidas por los más diversos compiladores musulmanes: desde Ibn al-Faradī — muerto en 1013 — hasta el Embajador marroquí de los días de Carlos II (siglo xvii); reunió en su día las concernientes a la historia de España durante el siglo viii²¹ y podría sin esfuerzo recopilar otras muchas concernientes al siglo ix que no proceden del *Muqtabis*²².

¹⁵ *Hist. Esp. Mus.*, I^o, p. 333, na. 2.

¹⁶ Rectificó, pero silenciando su error anterior en: *Du nouveau sur le royaume de Pampelune*, *Bull. Hisp.*, LV, 1953.

¹⁷ La consigna Ibn Ḥayyān en pasaje del *Muqtabis* que el mismo Lévi-Provençal me leyó en París en 1953 y que cualquier arabista puede leer.

¹⁸ Ibn Ḥayyān escribe: « En este mismo año (257-871) hizo traición Lubd ibn Mūsā declarándose en abierta disidencia ». Trad. García Gómez, *Al-Andalus*, XIX, 1954, p. 313.

¹⁹ Lo acredita el mismo *Tableau Généalogique*.

²⁰ *Hist. Esp. Mus.*, III, p. 505.

²¹ En mis *Fuentes hist. Esp. mus. siglo VIII*, pp. 194 y ss.

²² Quien quiera comprobar esta afirmación puede acudir a los índices de la traducción del *Bayān al-Mugrib* por Fagnan, t. II.

2) Confunde la segunda redacción de la Crónica de Alfonso III, por Barrau-Dihigo llamada Seudo Alfonso, con la Crónica Leonesa o Najerense. Escribe: « Celle qu'on appelle aujourd'hui... la « Chronique de Nájera » : c'est le Pseudo Alphonse de Barrau-Dihigo... et la Chronique léonaise de Cirot » (*Hist. Esp. Mus.*, I², pág. 115, na. 1) ²³. Ningún mediano conocedor de la historiografía astur-leonesa comete tal error.

3) Su idolatría hayyánica le ha inducido a errar más de una vez. Siguiendo a Ibn Hayyān ha fechado en el 181 de la h. (797 de C.) la sangrienta represión de los toledanos titulada « Jornada del Foso » ²⁴. Diversos hechos contradicen tal afirmación. El maula 'Amrūs fué designado para el gobierno de Toledo; edificó una fortaleza por orden de Al-Ḥakam; envió éste a su hijo 'Abd al-Raḥmān al frente de un ejército, so pretexto de marchar hacia la Frontera Superior, se acercó a la ciudad; el 'āmil de la misma logró que los toledanos invitaran al príncipe y en la fiesta dada en su honor se llevó a cabo la matanza ²⁵. Ahora bien, entronizado Al-Ḥakam el 22 de abril del 796, es dudoso que en un año se construyese el alcázar de Toledo. El futuro 'Abd al-Raḥmān II había nacido a fines del 792 ²⁶; ¿pudo en 797, antes de cumplir cinco años ser colocado al frente de un ejército? Y el mismo Lévi-Provençal escribe que hasta el fin de su vida conservó la costumbre de guiñar constantemente los ojos, desde el día en que presencié, consternado, la « Jornada del Foso » ²⁷; y mientras es natural que se horrorizase ante ella un muchacho ya consciente, es dudoso que pudiera sufrir tal conmoción un párvulo de menos de un lustro. Con sólo haber prestado atención a los otros compiladores, Lévi-Provençal habría podido evitar el error y la caída. Los más distinguen el curso temporal de los sucesos y Rodrigo Ximénez de Rada, por su condición de Arzobispo de Toledo muy interesado en el suceso y por su devoción a Rasis muy bien informado, ofrece dos pormenores decisivo para fecharle. Dice que 'Amrūs

²³ *Hist. Esp. Mus.*, I², p. 115, na. 1.

²⁴ *Hist. Esp. Mus.*, I, pp. 111-113 y I², pp. 157-159.

²⁵ Dan noticia de la « Jornada del Foso »: Ibn al-Qūṭiyya (Trad. Ribera, pp. 36-39); Ibn Al-Aḥlīr (Trad. Fagnan, pp. 160-161 y 168-171); XIMÉNEZ DE RADA, *Ha. Arabum*, ed. Schott *Hisp. Illustr.*, II, p. 174; Ibn 'Idāri (Trad. Fagnan, II, pp. 111-112); Al-Nuwairī (Trad. Gaspar y Remiro, I, pp. 28-30); Ibn Jaldūn (Trad. Machado, *Cuadernos Ha. Esp.*, VII, 1947, pp. 141 y 143).

²⁶ Ibn 'Idāri fecha su nacimiento en el 176 de la h. (28 abril 792-18 abril 793). Trad. Fagnan, II, p. 130. Y el mismo Lévi-Provençal, siguiendo a Ibn Hayyān, le data en ša'bān del 176 — a fines del 792 (*Hist. Esp. Mus.*, I², p. 195).

²⁷ *Hist. Esp. Mus.*, I², p. 196, na. 1.

governaba Zaragoza cuando fué encargado del regimiento de los toledanos y que el príncipe 'Abd al-Rahmān tenía 14 años cuando presencié la gran matanza. Las dos noticias aparecen confirmadas por otros historiadores. 'Amrūs fué enviado a la Frontera Superior en 802 y el príncipe cumplió su décimocuarto aniversario a fines 806. Luego la trágica jornada tuvo lugar, como afirma Dozy, en 807²⁸.

4) La misma idolatría hayyánica le ha inducido a trazar la historia de la primera invasión normanda del 844 siguiendo literalmente al *Muqtabis*. Ha dejado de lado las sabrosas noticias de Ibn al-Qūṭiyya sobre la intervención del caudillo muladí, Mūsā ibn Qasī, en la lucha decisiva contra los *mayūs*²⁹.

5) Supone a Alfonso III confundiendo en su crónica a Toledo con Tudela al escribir, que Lope ibn Mūsā era cónsul de la ciudad del Tajo, cuando Ordoño I venció a su padre en Albelda³⁰. No pudo realizar tal confusión hombre alguno de la Asturias del siglo IX, donde era bien conocida la antigua capital del reino visigodo: En ella habían combatido Gatón y sus hombres en 855, el Rey Magno tenía como agente diplomático al presbítero toledano Dulcidio, mozárabes toledanos restauraron Zamora y el mismo Alfonso III llegó a visitar Toledo. El rey cronista

²⁸ En sus habitualmente breves relatos de la historia arábigo española Ximénez de Rada sólo se detiene excepcionalmente a referir los sucesos ocurridos en Toledo; lo acreditó ya cuando estudié al Arzobispo en mis *Fuentes hisp. mus.*, p. 308. Entre sus noticias destaca la dedicada a la « Jornada del Foso ». Su pormenorizada narración no tiene vinculación alguna directa con las de Ibn al-Aṭīr y sus seguidores habituales — Al-Nuwairī e Ibn Jaldūn — ni con la de Ibn 'Idāri. Proceden de fuentes arábicas muy viejas entre las que figura sin duda Aḥmad al-Rāzī; de éste deriva en general todo la *Historia Arabum* de don Rodrigo, según demostré en mis *Fuentes*, p. 306. Sólo teniendo a la vista el *Ta'riḥ Muluk Al-Andalus* de Rasis pudo consignar la puntual información que recoge sobre la trágica jornada. Adquieren por ello extraordinario valor sus palabras: « Rex autem praecepit vndique exercitus congregari, et misit cum eis filium suum Abderramen et etiam de maioribus seniorum, ut adolescentem, qui XIV. agebat annum, in consiliis custodirent ». Ed. Schott: *Hisp. Illustr.*, II, p. 174. Si no olvidamos que Lévi-Provençal (*Hist. Esp. Mus.*, I^o, p. 156) siguiendo a Ibn Ḥayyān fecha en el año señalado arriba (302) el envío de 'Amrūs a la Frontera Superior y que Ibn al-Qūṭiyya (Trad. Ribera, *Col. obr. ar. hist. geog. Ac. Ha.*, II, p. 37), afirma como Ximénez de Rada que el príncipe 'Abd al-Rahmān tenía 14 años cuando presencié la cruel matanza de Toledo, es forzoso aceptar la data señalada por Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*, I^o, p. 294.

²⁹ En la primera ed. de su *Hist. Esp. Mus.*, I, pp. 152-157 no nombra siquiera a Ibn al-Qūṭiyya. En la segunda p. 223, na. 1 sin alterar el texto del relato, alude a la noticia de Ibn al-Qūṭiyya, después de leer mi estudio *La auténtica batalla de Clavijo*, donde la aproveché, y se refiere a él expresamente.

³⁰ *Hist. Esp. Mus.*, I^o, p. 314, na. 4.

cita además por separado a las dos ciudades en el mismo párrafo de su crónica. Y Lévi-Provençal me leyó en París, en 1953, un pasaje del *Muqtabis* en que Ibn Ḥayyān refiere que los toledanos llamaron a Lope ibn Mūsā en el 245 de la h. (8 abril 859-28 marzo 960), precisamente el año de la batalla de Albelda en que la crónica alfonsi le presenta rigiendo Toledo y sometiéndose al vencedor de su padre. Cualquier arabista puede comprobar en el texto a que aludo la exactitud de la nota que entonces tomé de su versión por el distraído y olvidadizo pero sañudo crítico que había escrito: « Alphonse III... déclare que ce Lope était « préfet » a Tolède... ce qui est évidemment faux (malgré l'opinion contraire émise par Sánchez-Albornoz) »³¹.

6) En el « Tableau généalogique des princes Umayyades sous l'émirat de Cordoue », olvida al príncipe 'Abd al-Raḥmān hijo del emir Muḥammad, vencedor en las campañas contra Castilla y Álava del 863 y del 865³².

Esta larga cadena de errores, olvidos y contradicciones, comprobada al paso de dos muy concretos enfrentamientos y de los recuerdos de una lectura realizada sin intención crítica, me autoriza a pensar que un análisis detenido de la *Historia de l'Espagne musulmane* de Lévi-Provençal me permitiría ampliar enormemente la lista de sus caídas y tropiezos. Hablaré luego de la pobreza y de las fallas de sus páginas sobre los primeros tiempos de la historia hispano-musulmana y sobre la temprana historiografía árabe-española. Bastará, empero, el número y la importancia de los yerros hasta aquí señalados para que me sea lícito invalidar de raíz sus sañudos ataques. Pueden hallarse errores, faltas, descuidos en las obras de todos los historiadores, pero la abundancia con que sur-

³¹ No necesito apostillar las noticias que arriba consigno sobre el conocimiento de Toledo en Asturias en la segunda mitad del siglo IX. Todas están recogidas por BARRAUD-DUNGO, *Recherches hist. pol. royaume asturien, Rev. Hist.*, 1921. El rey cronista escribió: « Muzza... multas ciuitates partim gladio partim fraude inuasit. Prius quidem Caesaraugustam. Deinde Tutelam et Oscam. Postremo vero Toletum ubi filium suum Lupum posuit prefectum » (Ed. Gómez-Moreno *Bol. Ac. Ha.* 1932, C, p. 620). En mi *Batalla de Clavijo, Cuadernos*, 1948, p. 115, na. 33, defendí la autoridad del pasaje de Alfonso III. Fray Justo Pérez de Úrbel ha aceptado mi demostración (*Lo viejo y lo nuevo sobre el origen del reino de Pamplona, Al-Andalus*, XIX, p. 44 n.a. 3). Por ser mía la rechazó Lévi-Provençal teniendo en su mano el pasaje de Ibn Ḥayyān que, olvidado de su réplica, me leyó en París en 1953.

³² Compárese el *Tableau* citado arriba (*Hist. Esp. Mus.*, I^a, entre las pp. 396-397) con los pasajes del *Bayān al-Muḡrib* (Trad. Fagnan, II, pp. 159-164) sobre las campañas que dirigió el citado príncipe y con el texto de Ibn Ḥayyān recogido por Ibn 'Idāri (Trad. Fagnan, II, pp. 170-179) sobre el número de jinetes que suministraron a 'Abd al-Raḥmān los cantones andaluces.

gen en las de Lévi-Provençal le priva de autoridad para, sin discutir críticamente las teorías o noticias que le parecen dignas de censura, alzarse tonante y formular excomuniones.

*
*
*

Con el propósito señalado arriba de dar sólida base testimonial a mis estudios sobre los orígenes del régimen feudal hube de estudiar en Madrid las dos fuentes arábigas más autorizadas que podían procurarme noticias sobre el siglo en que surgió el feudalismo: el *Ajbār Maǧmū'a*³³ y la obra histórica de Rasis³⁴. Y emigrado ya en Burdeos me decidí a examinar toda la historiografía que podía interesar al conocimiento de la historia hispano musulmana de esa centuria. Ni una sola de las páginas que consagré a tales obras ha merecido sino desdén a Lévi-Provençal. Esa condenación en bloque descubre a las claras que fué dictada por enemistad o por orgullo y no con criterio científico. Lévi-Provençal llegó a extender su desprecio hasta las dos obras arábigas que más detenidamente examiné.

La autoridad del *Ajbār Maǧmū'a* fué reconocida por los grandes arabistas Dozy³⁵, Lafuente Alcántara³⁶ y Ribera³⁷, para quienes algunos

³³ Publiqué luego mi estudio sobre tal compilación con el título *El-Ajbār Maǧmū'a. Cuestiones historiográficas que suscita*, Buenos Aires, 1944. I-410.

³⁴ Está aún inédito en su conjunto mi libro sobre ella. He publicado amplio extracto del mismo en mis *Fuentes hist. Esp. Mus. siglo VIII*, pp. 161-205. Constituyen en verdad sendos capítulos de mi obra, mis tres monografías. *Fuentes latinas de la historia romana de Rasis. Publicaciones del Instituto Cultural Argentino-Hispano-Árabe*, I, Buenos Aires, 1942. I-47. *San Isidoro. Rasis y la Pseudo Isidoriana. Cuadernos Hist. Esp.*, IV, 1946. p. 73-114. *La crónica del moro Rasis y la Continuatio Hispana. Anales de la Universidad de Madrid*, III. Letras 1934, pp. 229-266. Y he aprovechado mi estudio sobre Al-Rāzi en varios capítulos de mi obra *El Ajbār Maǧmū'a*: VIII. El Ajbār Maǧmū'a y la historia de Al-Rāzi, pp. 179-219; XI. Influencia de Al-Rāzi en el *Fath al-Andalus*, pp. 271-301; y XII. Al-Rāzi fuente de Ibn Al-Aǧīr, pp. 303-357.

³⁵ En la Introduction a su *Histoire de l'Afrique et de l'Espagne intitulée Al-Bayān al-Mogrib par Ibn-Adhari (de Maroc)*, Leyde, 1848-51, pp. 10 a 12, estudió ya aunque de un modo muy somero, el Ajbār Maǧmū'a. En sus *Recherches sur l'Histoire et la Littérature de l'Espagne pendant le Moyen Âge*, 3ª ed., t. I, pp. 40-57, tradujo los pasajes del mismo sobre la conquista de España por los árabes. Y en su *Histoire des musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides (711-1110)*. Ed. Lévi-Provençal, Leyde, 1932, le utilizó de manera intensiva.

³⁶ *Ajbar Machmua (Colección de Traducciones). Crónica anónima del siglo XI dada a luz por primera vez, traducida y anotada por Lafuente Alcántara. Colección de obras arábigas de historia y geografía que publica la Real Academia de la Historia*, I, Madrid, 1867.

³⁷ En el prólogo a la edición y traducción de la *Historia de la Conquista de España de Abenalortía el Cordobés. Colección de obras arábigas... que publica la Academia de la Historia*, II, Madrid, 1926, 13 y ss.

de sus pasajes fueron redactados en el siglo VIII. El muy erudito Barrau-Dihigo le ha concedido crédito especial³⁸. Nadie ha discutido después su valor historiográfico y no puede ser echado por tierra sin sólidas razones, por el puro capricho de Lévi-Provençal. Éste ha acabado por reconocer la autoridad de Aḥmad al-Rāzī al comprobar el crédito que le otorgó en su día Ibn Ḥayyān. No fue por tanto desafortunada mi elección.

El original de mi libro sobre el *Ajbār Maʾmū'a* fue leído por arabistas tan acreditados como Asín, López Ortiz y M. Antuña, quienes lo hallaron digno de ser publicado por « La escuela de estudios árabes ». La guerra civil española impidió la realización de tal acuerdo — puede atestiguarlo el actual obispo de Tuy³⁹. La crítica de los arabistas europeos y americanos no le ha sido después desfavorable⁴⁰.

Su invencible deseo de combatir mi labor historiográfica ha llevado, sin embargo, a Lévi-Provençal a escribir unas líneas desdichadas sobre el « Anónimo de París » — así se llama también al *Ajbār Maʾmū'a* — en la *Encyclopédie de L'Islam* (2 ed.). Sin ofrecer ninguna prueba de su « peregrina » opinión afirma que erraron Dozy y Ribera al suponerle una obra original: contra ellos y contra mí le tiene por contemporáneo de la conquista de Valencia (1238); declara que reproduce pasajes de ʿĪsā al-Rāzī y juzga que ha perdido todo valor después del descubrimiento del *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān. Es difícil acumular en pocas líneas tantos errores.

Hemos disentido sobre la fecha de la compilación del *Ajbār Maʾmū'a* Dozy, Ribera y yo, pero ninguno de los tres, ni su editor y traductor Lafuente Alcántara, ni arabista o historiador alguno hemos halla-

³⁸ Para trazar la historia temprana de la España Musulmana. *Recherches sur l'histoire politique du royaume asturien. Revue Hispanique*. LIII, 1921, pp. 55-59. Y le han utilizado con confianza cuantos se han ocupado de los primeros tiempos del islamismo español — véase mi *Ajbār Maʾmū'a*, p. 16, na. 5 — entre ellos, claro está, Lévi-Provençal.

³⁹ Quedó encargado el P. Melchor Antuña de convertir a la entonces nueva grafía técnica de la nueva Escuela de Estudios Árabes la grafía vulgar en que, siguiendo los hábitos de los arabistas españoles, había yo escrito mi obra. El P. José López Ortiz, actual obispo de Tuy, encontró el manuscrito de mi *Ajbār Maʾmū'a* en el Escorial en 1939 y como a la sazón no se podía publicar en España ningún libro que llevara mi nombre, él mismo me lo hizo llegar por intermedio de un hijo del gran amigo Ortega y Gasset, entonces en Buenos Aires.

⁴⁰ Remito a la serie de reseñas que mereció en su día mi obra sobre *El Ajbār Maʾmū'a* de: J. F. Janssens, *Moyen Âge*, IV^{ème}, serie 3-4, 1946, p. 324; R. BRUNSCHWIG, *Bull. Hisp.*, XLIX, 1, 1947, p. 89; M. DÉFOURNEAUX, *Rev. Hist.*, CC, 2, 1948, p. 100; A. R. NYKEL, *Speculum*, XXV, 1, 1950, p. 141, etc.

do, en él, el más mínimo indicio que permita hacerle coetáneo de la toma de Valencia.

Si como creo haber probado, Ibn Ḥayyān (988-1076) utilizó como fuente al « Anónimo de París » — nadie se ha alzado contra mis conclusiones — sería seguro que éste se había compilado a principios del siglo XI. Y tal seguridad se acrecienta porque el parangón entre el *Ajbār Maʿmū'a* y el *Muqtabis* contradice la posibilidad de que el compilador de aquél hubiese conocido la obra de Ibn Ḥayyān. A tal punto las noticias más sustanciosas de ésta faltan en la compilación que nos ocupa ⁴¹.

No es imposible aunque no sea probable que su compilador aprovechara las páginas de Aḥmad al-Rāzī sobre la conquista de España y sobre los valies anteriores a las guerras civiles — he estudiado despacio el parentesco de ambos textos — pero es forzoso rechazar la supuesta reproducción en el *Ajbār Maʿmū'a* de la obra de 'Īsā al-Rāzī. Nunca aparecen en aquél las singulares noticias del tercero de los Rasis que han llegado hasta hoy: sirva de ejemplo la ausencia, de la « Colección de traducciones » — eso significa *Ajbār Maʿmū'a* — del pasaje de 'Īsā sobre Pelayo ^{41'}. Y sólo escribiendo « a tontas y a locas », puede Lévi-

⁴¹ Remito a las páginas de Dozy y Ribera citadas en las notas 35 y 37, a las de Lafuente Alcántara registradas en la nota 36, a las de Pons Boigues: *Ensayo bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos árabe-españoles*, Madrid, 1898, pp. 393-394, a las muchas que he dedicado al *Ajbār Maʿmū'a* (antes na. 33)... y al texto y versión del mismo que puede leer quien bien le plazca.

Creo haber probado que Ibn Ḥayyān utilizó el *Ajbār Maʿmū'a*, en la obra que he consagrado a éste (pp. 262-270). Y es fácil rechazar que, a la inversa, el compilador del *Anónimo de París* conociera el *Muqtabis*; compárense las páginas de aquél de la versión de Lafuente Alcántara concernientes a la historia del siglo VIII (pp. 1-112) con los pasajes correspondientes de Ibn Ḥayyān que he logrado registrar tras despa-ciosa revisión de las compilaciones donde se le cita o se le plagia (v. mis *Fuentes hist. hisp. mus. siglo VIII*, pp. 265-266). Esta doble comprobación viene a confirmar la serie de argumentos que alegué en apoyo de mi conjetura sobre la compilación del *Ajbār Maʿmū'a* durante las guerras y revoluciones que provocaron la caída del califato (*Ob. cit.*, pp. 21-39). Y aunque fuera forzoso retrasar esa fecha, siempre alzaría obstáculo insalvable para datar en el siglo XIII el « Anónimo de París ».

^{41'} En mi obra el *Ajbār Maʿmū'a. Cuestiones historiográficas que suscita*, pp. 179-220, he estudiado el posible parentesco que pudo unir al *Anónimo de París* con la obra de Aḥmad al-Rāzī. Procuré reconstituir ésta, comparando su versión romance titulada « Crónica del Moro Rasis », con los pasajes del original árabe de la misma, citados en el *Fath al-Andalus*, en el *Bayān al-Mugrib*... y compilando tales pasajes y cuantos logré hallar del texto de Rasis (v. mis *Fuentes hist. hisp. mus. siglo VIII*, pp. 194-202). Estudié luego las fuentes de la obra así reconstruida y su influencia en la historiografía árabe (v. mis *Fuentes hist. hisp. mus. siglo VIII*, pp. 166-176 y 204-205). Comparé después el *Ajbār Maʿmū'a* con los pasajes del Waqidi, 'Īsā ibn Muḥammad, Ibn

Provençal afirmar del « Anónimo de París » que, tras el descubrimiento del *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān « ne conserve guerre d'intérêt documentaire ». Los tomos del *Muqtabis* descubiertos por Lévi-Provençal relatan los reinados de Al-Ḥakam I (796-822), 'Abd al-Raḥmān II (822-852) y Muḥammad I (852-886) y el interés del *Ajbār Maǧmū'a* reside precisamente en sus páginas sobre la historia hispano-musulmana del siglo VIII, desde el comienzo de las guerras civiles (739) hasta la muerte de 'Abd al-Raḥmān I (788); páginas procedentes de dos crónicas, una anterior al año 800 y otra, de comienzos del siglo IX, según he demostrado y nadie discute⁴¹. Por tanto, no sólo hoy que no poseemos los volúmenes del *Muqtabis* sobre el siglo VIII, tiene insuperable valor la mayor parte del *Ajbār Maǧmū'a*; aunque mañana llegaremos a poseerlos, por ser obra de un compilador del siglo XI, nunca podrían superar la autoridad de páginas redactadas por contemporáneos de los sucesos referidos.

He desafiado privada y públicamente a Lévi-Provençal a que destruyera mi otra obra. En tres quinquenios no ha justificado su excomunión. García Gómez al estudiar ahora el *Fath al-Andalus*⁴² — una brizna de

Habib... en que se inspiró Rasis y con los de Ibn Abi al-Fayyād, Ibn Ḥayyān, el *Fath al-Andalus*, Ibn al-Aǧīr, Ibn 'Idārī, Ibn al-Jatīb, Al-Maqqarī, el Embajador Marroquí..., que se inspiraron en él (v. mi obra el *Ajbār Maǧmū'a* pp. 169-220; 221-249; 271-301....). Y aunque no pude precisar si el compilador del *Anónimo de París* conoció la obra de Rasis o manejó sus mismas fuentes, acepté sin vacilaciones el parentesco de ambos textos.

En cambio ningún eco puede hallarse en el *Ajbār Maǧmū'a* de las palabras de 'Īsā al-Rāzī sobre la rebelión de Pelayo durante el valiato de Al-Samaḥ — tomándolas de su cita por Al-Maqqarī las tradujo M. Antuña en mis *Fuentes hist. hisp. mus. siglo VIII*, p. 132, na. 6 — y ningún eco he hallado tampoco en el *Ajbār Maǧmū'a* de las otras noticias que del mismo 'Īsā pasaron al *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān.

⁴¹ El mismo Lévi-Provençal ha señalado la extensión de los tomos del *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān por él descubiertos (*Histoire de l'Espagne musulmane*, III, p. 1, na. 1). Quien quiera asomarse a las páginas del *Ajbār Maǧmū'a* de la traducción de Lafuente Alcántara, podrá comprobar que la parte insustituible del mismo, abarca la historia de las guerras civiles y de la entrada y triunfo de 'Abd al-Raḥmān I (pp. 42-94) y que aún puede aprovecharse su relato del reinado del primer Omeya del *Al-Andalus*, (pp. 94-109). Ya Dozy, Lafuente Alcántara y Ribera tuvieron por redactados en el siglo VIII algunas páginas del *Anónimo de París*. En mi libro sobre el *Ajbār Maǧmū'a* he probado que la crónica de las discordias civiles terminadas con el triunfo del primer Omeya, fué redactada en el siglo VIII (pp. 79-107) y que los Anales del reinado de 'Abd al-Raḥmān I fueron escritos alrededor del 830 (pp. 109-131). Los comentaristas de mi obra, citados en la na. 40, han aceptado mis conclusiones. Y espero tranquilo a que alguien se atreva a enfrentarlás y destruirlas.

⁴² *Novedades sobre la Crónica Anónima titulada « Fath Al-Andalus »*. *Annales de l'Institut d'Etudes Orientales*, XII, 1954, pp. 31-41.

mis *Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII*.⁴³ — ha tenido que aceptar lo esencial de mis conclusiones sobre él. Y es que yo no soy arabista pero trabajo sin prisa y con rigor científico. Y los arabistas suelen despreciar las duras tareas de análisis, parangón, enfrentamiento y crítica de los textos que los estudios historiográficos requieren. Hoy tampoco ya podría quizás realizarlas. Fueron bálsamo a la angustia que me torturaba cada día durante las trágicas jornadas de la guerra civil de España, mientras se mataban los hermanos españoles al sur del Pirineo. Pero si tal vez sólo en tal ocasión habría podido realizar tan enojosa labor, es lo cierto que la llevé a cabo y que ahí está, en su esencia inmovible, como luego veremos.

Durante mi destierro en Argentina he publicado una serie de monografías sobre problemas críticos de la historia asturiana con la intención de desbrozar el camino de mi *Historia de los orígenes de la reconquista y de la nación española*. He estudiado la caída de la monarquía visigoda, la invasión árabe de España y diversas luchas y batallas entre Córdoba y Oviedo, o entre los soberanos ovetenses y los Banū Qasī⁴⁴. He redac-

⁴³ Ocupa en ellas las pp. 272 a 278. El texto de las *Fuentes* abarca 350 pp. García-Gómez ha olvidado el capítulo XI de mi obra *El Ajbār Maǧmū'a. Influencia de Al-Rāzī en el Fatḥ al-Andalus*, pp. 271-301.

⁴⁴ Me refiero a mis estudios:

El Senatus visigodo: Don Rodrigo, rey legítimo de España. Cuadernos Hist. Esp., VI, Buenos Aires, 1946, pp. 5-99.

Otra vez Guadalete y Covadonga, Cuadernos Hist. Esp., I y II Bs. Aires, 1944, pp. 1-114.

Dónde y cuándo murió Don Rodrigo, último rey de los godos, Cuadernos Hist. Esp., III, Buenos Aires, 1945, pp. 1-105.

Itinerario de la conquista de España por los musulmanes, Cuadernos Hist. Esp., X, Buenos Aires 1948, pp. 21-74.

¿Muza en Asturias? Los musulmanes y los astures trasmontanos antes de Covadonga. Publicaciones del Centro Asturiano de Buenos Aires. 1944, pp. 1-28.

Pelayo antes de Covadonga. Anales de Historia Antigua y Medieval, 1955, pp. 1-20.

Asturias resiste; Alfonso el Casto salva la cristiandad hispana, Logos, V, n° VIII, Buenos Aires, 1946, pp. 9-33.

Los vascos y los árabes en los dos primeros siglos de la Reconquista. Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos, año II, n° 9, Buenos Aires, 1952, pp. 65-79.

La auténtica batalla de Clavijo, Cuadernos Hist. Esp., IX, Buenos Aires, 1948, pp. 94-139.

La campaña de la Morcuera, Anales de Historia Antigua y Medieval, I, Buenos Aires, 1948, pp. 5-50.

La jornada del foso de Zamora, Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, II, Montevideo, 1947, pp. 25-36.

Alfonso III y el particularismo castellano, Cuadernos Hist. Esp., XIII, Buenos Aires, 1950, pp. 19-100.

tado tales monografías conjugando el escrupuloso examen de los textos latinos y árabes que refieren los sucesos estudiados, o que ayudan a conocer a sus actores, con el de la geografía histórica y actual del país en que tuvieron lugar los hechos referidos en las fuentes. « *Hominum est errare* ». Puedo haberme equivocado alguna vez. Estoy seguro de que no podrá ser rectificado lo esencial de mis estudios.

Para trazarlos he aprovechado, claro está, muchos textos arábigos, ninguno desconocido por Lévi-Provençal y no pocos citados por él y hasta por él utilizados⁴⁵. En la primera edición de su *Histoire de l'Espagne musulmane* no se había detenido, sin embargo, a valorarlos y a veces, incluso, no se había dado cuenta de la auténtica importancia de muchos para la historia de los reinos cristianos. Su irritación ante mis trabajos fué por ello tremenda y, sin discriminar méritos y deméritos, no encontró aceptable ninguna de mis conclusiones. Rectifico, ha aceptado una por lo menos. Ibn Ḥayyān refiere la derrota de un ejército musulmán en un lugar de cuyo nombre da las siguientes letras Argznz: yo leí Arganzón y presenté al príncipe Mu'āwiya vencido en las « Conchas » de tal nombre y, claro, Lévi-Provençal tuvo que reconocer mi acierto⁴⁶. Todos mis otros estudios sobre temas que rozan o que involucran cuestiones de historia musulmana han sido puestos por él en el Index. Al citar mi trabajo sobre *La auténtica batalla de Clavijo* llegó a escribir: « Il s'agit, comme dans tous les derniers travaux de cet historien, d'un analyse hypercritique des sources que ne laisse pas de l'entraîner parfois vers des conclusions aventureuses »⁴⁷. Cabría dudar de que mi acusador supiera en verdad el verdadero significado de la palabra hipercriticismo. Porque lejos de rechazar yo como inaprovechables y torpes las fuentes narrativas y diplomáticas las he aprovechado con benevolencia⁴⁸.

Me sigue en cambio cuando yerro inducido a errar por sus errores,

⁴⁵ De algunos no he tenido otra referencia que la noticia sumaria dada por él en su *Histoire de l'Espagne musulmane*, porque repetidamente se ha negado a traducirlos e incluso a publicarlos, no obstante sus iniciales promesas de hacerlo.

⁴⁶ Compárese la p. 123. na. 2 de la I^a ed. de su *Histoire* con la p. 175 del t. I de la II^a ed.

⁴⁷ *Hist. Esp. Mus.*, I^a, p. 312, na. 1.

⁴⁸ Défournaux me ha reprochado haber otorgado demasiada fe a la noticia de las Actas del concilio de Oviedo sobre la concurrencia de Teodulfo a tal asamblea como enviado de Carlomagno (*Charlemagne et la monarchie asturienne*, *Mélanges Halphen*, pp. 177-184). No ha logrado en verdad demostrar la falsedad del pormenor que dí por bueno. Sigo teniéndolo por auténtico. No es éste el lugar de discutir su agudo alegato.

por ejemplo : cuando, por haber él ignorado el primero de los dos Íñigos pamploneses — hasta que yo se los descubrí en París en 1953 al escuchar algunas de sus versiones — sus torpes páginas me indujeron a falsear la cronología de García Íñiguez, a quien, siguiendo a Lévi-Provençal, tuve por hijo y era nieto del primero de los Aristas y creí hermano y era sobrino del gran « Muza ». Pudo rectificarme al rectificarse, pero ello le habría obligado a un complicado esfuerzo crítico y perdió la única ocasión de encontrarme con razón una caída ^{48bis}.

Lévi-Provençal redactó muy nervioso su excomunión mayor. En su obra *La civilisation arabe en Espagne*, Le Caire, 1938, me honró calificándome de « historien de très grand classe » ⁴⁹. Después de comprobar que con sus noticias había yo trazado páginas novedosas sobre la caída de la monarquía visigoda y sobre la historia asturiana y había iniciado un giro decisivo en la historia navarra que ni siquiera había sospechado, cambió de pronto su juicio sobre mi labor histórica. Esa comprobación me ganó su rencor.

Si Lévi-Provençal hubiese rechazado ésta o la otra de mis monografías sus críticas tendrían valor ; ese rechazo integral de todas dice a las claras que le dictaba no la ciencia sino la saña. Se dejó ganar por la enemistad al cerciorarse y no poder negar que los mismos textos que a él no le decían nada o le decían muy poco eran iluminados por mí, por obra de su análisis detenido y escrupuloso en función : de mi conocimiento de los viejos caminos romanos, de la historia española pre y postislámica y de la topografía del país, que había estudiado, primero en los mapas y luego en muchas y largas andanzas a pie y a caballo, bajo el sol y la lluvia, en días de juventud ; ay ! lejana. Pero ni una vez bajó al ruedo de la discusión detenida de mis trabajos. Siempre se limitó a fulminar anatemas.

Queda dicho que como historiador Lévi-Provençal carecía de autori-

^{48 bis} Mientras rechaza a priori mis monografías se fía de manuales a veces mal informados. Por confiar en ellos presenta a Ramiro II casado en primeras nupcias con una dama franca, Teresa, por sobrenombre Florentina. (*Hist. Esp. Mus.*, II², p. 67). Toma tal error de Aguado Bleye (*Man. Hist. Esp.*, I, p. 488), inspirado en Cotarelo (*Ha. de Alf. III*, p. 562) quien convirtió en franca a la anónima señora a quien las Genealogías de Meyá hacen nacer « ex galliciensis » y la llamó a capricho con el nombre que Pelayo atribuyó a la madre de Sancho I. El P. Pérez de Úrbel ha reconocido que la primera esposa del vencedor en Simancas no se llamaba Teresa Florentina y que era gallega (*Sampiro*, pp. 411-412). Y abundan los casos parecidos. Sobre la rectificación de la cronología de García Íñiguez, véase mis *Problemas de la historia navarra en el siglo IX*, *Cuadernos Ha. Esp.*, XXV-XXVI, p. 55 y ss.

⁴⁹ Me abruma su elogio de mi ensayo *España y el Islam*, en la p. 156 de su obra.

dad para adoptar tal actitud. He elogiado muchas veces sus pasmosos aportes al conocimiento del pasado hispano-árabe ⁵⁰. No le regateo hoy mi admiración. Ayudado por la suerte que puso en sus manos los tesoros de la mezquita del Qaraviyyín de Fez, ha revolucionado la historia medieval española con los textos que ha traducido, publicado o simplemente utilizado. Ellos le han permitido trazar una *Historia de la España musulmana* llena de novedades. Pero no es injurioso reprocharle que trabajaba demasiado de prisa — antes he señalado una mínima parte de las contradicciones y errores en que esa prisa le hizo incurrir. Un poco más de calma le habría permitido sacar mucho mayor partido de la riqueza historiográfica que había caído en sus manos, por obra del azar o por gracia de Alá, el Clemente y el Misericordioso. Bastará con una prueba. Al redactar su obra dispuso de los volúmenes del *Muqtabis* de Ibn Hayyān donde se historiaban los reinados de Al-Hakam I y ‘Abd al-Rahmān II y sin embargo no supo aprovecharlos para mudar el cuadro de los orígenes del reino de Pamplona ⁵¹. Sus noticias sobre los Aristas del siglo IX me permitieron sorprender el problema en mi estudio *La auténtica batalla de Clavijo* ⁵². Sólo después de leerme y de conversar conmigo en París en marzo de 1953, apreció la riqueza que tenía en su poder y escribió sobre el tema ⁵³. Pero también lo hizo de prisa y, por hacerlo así, erró de nuevo — he recogido antes algunas de sus caídas — e indujo a error al P. Pérez de Úrbel ⁵⁴. Sus yerros han quedado manifiestos cuando García Gómez ha traducido los textos del *Muqtabis* por él utilizados ⁵⁵. En estos mismos *Cuadernos* he estudiado el asunto de nuevo ⁵⁶.

⁵⁰ Al dar la noticia de sus obras: *La civilisation arabe en Espagne*, Bull. Hisp., XLI, 1, 1939, pp. 228-230. *La péninsule ibérique au Moyen Âge d'après le Kitāb ar-Rawd al-Mi'tar... d'ibn 'Abd al-Mun'im al-Himyari*, Logos, IV, pp. 273-276; *Histoire de l'Espagne musulmane*, Cuadernos Hist. Esp., VII, 1947, p. 201, y a cada paso en mis libros y en mis monografías.

⁵¹ No se dió cuenta de la importancia de tales textos ni al publicar la primera redacción de su *Histoire de l'Espagne musulmane*, I, El Cairo, 1944, pp. 107-110, 123-124, 149-151, 219, 225, 233, ni al dar a la estampa la segunda edición — corregida — de su obra: París, I, 1950, pp. 155, 176, 213-217, 311, 323, 333.

⁵² *Cuadernos de Historia de España*, IX, 1948, p. 100, na. 9 y pp. 137-139.

⁵³ *Du nouveau sur le royaume de Pampelune au IX^e siècle*, Bull. Hisp., LV, 1953, p. 5 y ss.

⁵⁴ *Lo viejo y lo nuevo sobre el origen del reino de Pamplona*, *Al-Andalus*, XIX, 1954, pp. 1-42.

⁵⁵ *Textos inéditos del « Muqtabis » de Ibn Hayyān sobre los orígenes del reino de Pamplona*, XIX, pp. 295-315.

⁵⁶ *Problemas de la historia navarra del siglo IX*, *Cuadernos Ha. Esp.*, XXV-XXVI, 1956, p. 5 y ss.

Anté los problemas difíciles que requerían detención y análisis siempre rehuía el esfuerzo y salía del paso — digámoslo en términos taurinos — dando « un golletazo » a la cuestión. Por eso le irritaba mi paciencia y mi detenimiento : porque gracias a ellos se encontró un día, después de publicar la primera edición de su *Histoire*, con que de repente ésta había envejecido por obra inesperada de mi audacia de haber osado estudiar la historia española de los siglos VIII y IX.

* * *

Demosté casi algebraicamente que la batalla entre Tāriq y Rodrigo había tenido lugar donde solían situarla los historiadores españoles, antes de que la erudición contemporánea, seducida por el prurito de originalidad de los hombres decimonónicos, intentara rectificar el asenso unánime de los peninsulares⁵⁷. La casi totalidad de los cronistas, historiadores y compiladores islamitas afirman que godos y musulmanes lucharon junto al Wādīlakka. Al-Himyarī, cuya geografía remontá indirectamente a la de Aḥmad al-Rāzī, coincide con tal localización y da noticia de que la ciudad, Lakka, de la que tomó nombre el río, fué fundada por Octavio, veía correr junto a ella una fuente termal y se hallaba en ruinas. Entre las inscripciones de las ánforas hispanas cuyos restos forman el Monte Testáceo de Roma aparecen una docena donde se cita a Lacca. Hubo pues en verdad en Andalucía una población exportadora de aceite, así llamada. Con fuentes termales y en tierra de olivares se alzan varios centros urbanos en la punta meridional de España. Pero todos menos uno tienen nombres antiguos que no pueden reducirse a Lacca. Ruinas de una ciudad romana sin nombre conocido y con una fuente termal se hallan cerca del río Guadalete. Con éste cabe identificar el Guadalca siguiendo a Ibn Ḥayyān y a algunos documentos castellanos del siglo XIII. Luego, concluí yo cerrando la ecuación, Tāriq y Rodrigo pelearon donde de antiguo venía suponiéndose. Y como Lacca es una palabra indoeuropea que significa Laguna, a Lacca aludieron los dos únicos cronistas musulmanes que situaron la batalla junto a un lago.

Mi argumentación ha convencido a cuantos estudiosos la han conocido y citado : Bosch Gimpera, Valdeavellano, Soldevila, etc...⁵⁸. Lévi-

⁵⁷ Otra vez: Guadalete y Covadonga. Cuadernos Ha. Esp., I, 1944, p. 11 y ss.

⁵⁸ No la han contradicho cuantos han dado noticia de mi estudio ; Blasco Garzón, Maldonado, Higounet, Défourneaux, Vázquez de Parga, García Ejarque, Kienast..., y le han aceptado Bosch Gimpera en *La formación de los pueblos de España*, México, 1945, p. 349 ; GARCÍA DE VALDEAVELLANO, *Historia de España*, Madrid, 1952, p. 348 ; FERNANDO SOLDEVILA, *Historia de España*, I, Barcelona, 1952, p. 112, na. 3.

Provençal debió aceptarla con más razón que ellos porque él había editado y traducido los pasajes de Al-Himyari⁵⁹ que habían resuelto para siempre la cuestión. Pero ello le habría obligado a reconocer que los había dejado pasar delante de sus ojos sin estimar su auténtica importancia. Y por ello se aferró a las afirmaciones de los eruditos del siglo XIX y contradijo las mías⁶⁰. Pero ¿qué hay detrás de su alegato? Nada.

No es un pecado otorgar crédito a las traducciones de Gayangos, Lafuente Alcántara, Codera, Fagnan, Ribera...⁶¹ y a las del mismo Lévi-Provençal — éste se lo concede a las de Huici de las *Crónicas latinas de la Reconquista*⁶². Mi colega de la Sorbona llega a acusarme de haber *solicitado* los textos, es decir, de haberles forzado⁶³. Cuando se lanza tal acusación contra un estudioso honesto, es preciso demostrarla. Mi acusador no lo intenta; le hubiera sido imposible conseguirlo. Pero además en este caso las dos impugnaciones son irrisorias. Porque el problema no está en la interpretación de estos o los otros pasajes de este o el otro historiador, sino en la lectura del nombre geográfico donde las

⁵⁹ *La péninsule ibérique au Mogen Âge d'après le Kitáb Ar-Rawd al-Mi'tar... d'Ibn 'Abd al-Mun'im Al-Himyari*, Leiden, 1938, pp. 204 y 235.

⁶⁰ *Hist. Esp. Mus.*, I^o, p. 21, na. 1.

⁶¹ Todos fueron eruditísimos y muy celosos arabistas que no sabían el árabe peor que Lévi-Provençal. Cuando éste ha traducido de nuevo textos antes vertidos por ellos, sólo ligeras variantes han separado sus versiones de las ya conocidas. Compárense, por ejemplo, sus traducciones: del pacto de Teodomiro y 'Abd al-Aziz (*La Péninsule ibérique*, pp. 78-79), de las condiciones del amán otorgado por 'Abd al-Rahmān I a los cristianos de Qaštalla — Elvira — (*Hist. Esp. Mus.*, I^o, pp. 116-117) y de las palabras de Abū Yā'far sobre el sistema de ocupación del suelo por los conquistadores (*Hist. Esp. Mus.*, III, p. 204, na. 1), con las versiones de Simonet de los mismos textos (*Hist. mozárabes, Mrisa. Ac. Ha.*, XIII, pp. 708, 813 y 68). Y la concordancia esencial de tales versiones podría ampliarse a capricho sin limitaciones.

Ni una sola vez ha contradicho además Lévi-Provençal las noticias que yo he tomado de las traducciones de tales arabistas por supuesto error de la versión por mí utilizada. Y siempre que ha citado alguna fuente árabe vertida por cualquiera de ellos, jamás ha relatado el suceso de modo diferente a como aparecía referido en la traducción de Lafuente Alcántara, Gayangos, Codera, Ribera, Fagnan, etc., etc. Únicamente un orgullo desmedido puede explicar la acusación de « périmées » que lanza en bloque contra las versiones de sus predecesores.

⁶² *Hist. Esp. Mus.*, I^o, p. 115, na. 1; 287, na. 2; 314, na. 3; 326, na. 2; 385, na. 2, etc., etc. Y se atreve a citar los pasajes de las crónicas de Albelda, Alfonso III, Sampiro, Silos... no conforme a la edición clásica de Flórez o a las ediciones modernas de los estudiosos que las han reimpresso con celo crítico en lo que va del siglo, sino conforme a los textos escolares que Huici editó y tradujo.

⁶³ *Hist. Hisp. Mus.*, I^o, pp. 20-21.

fuentes fijan la batalla y en la localización del mismo. El alfabeto árabe no es tan esotérico y difícil como para que yo no pueda leer Wādīlakka, y es precisamente un texto traducido por Lévi-Provençal el que da la pista para la ubicación de ese río de Lakka.

Mi sañudo crítico ha llegado de otra parte a aceptar que los historiadores y compiladores islamitas fijan el teatro de la lucha en el Wādīlakka; pero cree que aluden al Barbate, al río que sale de la laguna de la Janda. Esa afirmación acredita cómo me leyó y se leyó a sí mismo demasiado de prisa, y a la par la ligereza con que construía sus páginas. Dice que la letra *Kaf* del alfabeto árabe puede sonar *Ka* y *ga* y concluye que el Wādīlakka podía sonar Wadilago. Exacto, pero en latín no se escribía ni se pronunciaba *lagus-o*, si no *lacus-o*; y por tanto esa explicación era innecesaria y además peregrina. Frente a su afirmación de que los autores musulmanes al hablar del Wādīlakka aludían al Río del Lago [de la Janda] se alzan en cambio obstáculos infranqueables:

a) El texto del *Ḥimyarī*, traducido por el mismo Lévi-Provençal, sobre la ciudad de Lakka — fundación octaviana, fuente termal, ruinas, cercanía a un río — y las inscripciones de las ánforas en que los habitantes de *Lacca* enviaban su aceite a Roma. No daba, por tanto, nombre al río de la batalla un lago sino una población llamada *Lacca* ⁶⁴.

b) El río que salía del lago de la Janda nunca se llamó Guadilacca por los cronistas musulmanes. Éstos le llamaron como se llama hoy: Barbate. Lo atestiguan pasajes de la « Crónica de Rasis » ⁶⁵ — versión de la obra de *Aḥmad al-Rāzī* —, del *Ajbār Maʿmūʿa* ⁶⁶, del *Fath al-Andalus* ⁶⁷, de *Al-Idrīsī* ⁶⁸, del *Bayan al-Mugrib...* ⁶⁹. Lévi-Provençal pudo encontrarlos en mi estudio *Otra vez Guadalete y Covadonga* ⁷⁰, si

⁶⁴ *Al-Ḥimyarī* escribe: «Lakka: Ville d'Al-Andalus dans le cercle de Sidona (Šadūna). Elle est ancienne, ayant été bâtie par le César Octavien (Uktabyān). Ses ruines subsistent. Elle possède l'une de meilleurs sources thermales d'Al-Andalus. C'est sur les bords du fleuve de cette Lakka (Wādī Lakka=Guadalete ou Barbate) que Roderic ... se rencontra avec Tāriq ibn Ziyād ». Trad. y apostilla de Lévi-Provençal, p. 204. En la versión de L. P. se lee Lakko, pero el texto árabe da sólo las consonantes LKK y por las inscripciones latinas citadas es forzoso leer Lakka. Lakka había antes leído Simonet: *Ha. delos mozárabes*, p. 19.

⁶⁵ Ed. Gayangos: *Memorias de la Academia de la Historia*, VIII, pp. 58 y 59.

⁶⁶ Trad. Lafuente Alcántara, p. 67.

⁶⁷ Trad. González, p. 35.

⁶⁸ Trad. Dozy y de Goeje, p. 214.

⁶⁹ Trad. Fagnan, II, p. 56.

⁷⁰ *Cuadernos Ha. Esp.*, I, p. 20 n.º 31. Demostré la antigüedad de las fuentes en que se inspiraron los autores citados; proceden del mismo siglo VIII en que se dió la batalla.

lo hubiera leído sin dejarse obnubilar por el despecho. Y él mismo ha traducido al francés el texto de Rasis, donde se cita al Barbate ⁷¹, texto en que se menciona también al Wādīlakka o Guadalete.

c) Las poblaciones con fuente termal de la punta meridional de España tienen nombre romano irreducible a Lacca ⁷²; con la única excepción de la situada frente a la confluencia del Guadalete y del Maja-ceite, que por su gran importancia dió nombre a aquél. Además todas han llegado vivas hasta hoy excepto Lacca, en ruinas ya en el siglo XI ⁷³, y ninguna se halla junto al Barbate ni junto al lago de la Janda.

d) Prueban que el Wādīlakka es el Guadalete: Una noticia de Ibn Ḥayyān sobre el reinado de 'Abd Allah en que se llama concretamente al Guadalete, Wādīlakka ⁷⁴; un pasaje de Al-Ḥimyarī que sitúa Qalsāna junto al Wādīlakka, pues de varios autores dedujo Dozy y acepta Lévi-Provençal que se hallaba junto al Guadalete ⁷⁵, y un diploma de Alfonso X de 1265 en que se llama Guadalaque al río de Jerez, es decir, al Guadalete ⁷⁶.

Lévi-Provençal se habría ahorrado toda esta abrumadora réplica si se hubiese decidido a estudiar el tema sin resentimiento. Yo no tengo la culpa de que se le ocurriera el disparate de identificar Lacca con Belo ⁷⁷ que cualquier mediano conocedor de la geografía romana de España sabe que se llamaba Bellone Claudia y era mansión en la vía romana de

⁷¹ La *Description de l'Espagne d'Ahmad Al-Rāzī*, *Al-Andalus*, XVIII, 1, 195, p. 96 y 98. En el distrito de Sidonia se citan separadamente el Barbate (nº 65) y el Guadalete (nº 67), *Al-Andalus*, XVIII, pp. 96 y 97.

⁷² He señalado la existencia de fuentes termales: junto a Algeciras, en Paterna, Gígonza, entre Arcos y Bornos, en Chiclana y en Conil y he estudiado cuáles fueron los nombres antiguos de las poblaciones donde manaban: *Otra vez Guadaite y Covadonga*, *Cuadernos Ha. Esp.*, I-II, pp. 58 y ss.

⁷³ Recuérdense las palabras de Al-Ḥimyarī copiadas en la na. 64.

⁷⁴ Ed. Antuña p. 118 del mss. Trad. Guraieb.

⁷⁵ Compárense el pasaje de Al-Ḥimyarī — ed. Lévi-Provençal p. 195 — y los textos de Yāqūt y del mismo Al-Ḥimyarī que sitúan Qalsāna junto al Guadalete en *Otra vez Guadaite ... Cuadernos Ha. Esp.*, I y II, p. 53.

⁷⁶ ORTIZ DE ZÚÑIGA: *Anales eclesiásticos de la ciudad de Sevilla*, pp. 100-101.

⁷⁷ Me interesa reproducir las palabras para que el lector juzgue de su error y de la consciente o torpe contradicción en que incurre. « Au rapport d'un géographe arabe (Cf. Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, p. 204), le terme Lago désignait aussi dans la même région une ville antique, qui est peut être Belo aujourd'hui Bolonia ». Pero el pasaje a que se refiere es el reproducido en la na. 64. No se alude en él a otra ciudad existente « también en la misma región » como escribe Lévi-Provençal, sino a la que daba nombre al río donde lucharon godos e islamitas. Y el mismo arabista que

Málaga a Cádiz ⁷⁸. Ni de que ignorara la existencia de las inscripciones del Monte Testáceo. Ni de que dejara escapar los citados pasajes de Rasis, el *Ajbār Maẓmū'a*, Ibn Ḥayyān, *Al-Fath al-Andalus*, Al-Idrisī, Ibn Idārī, Al-Ḥimyarī, etc.; etc... Ni de que escribiera extraordinariamente de prisa. Le faltó valor para cantar la palinodia y le sobró saña para arremeter injustamente contra mí.

Otro tanto hizo cuando, comentando el amán concedido por 'Abd al-Raḥmān I en 759 a los patricios, religiosos y pueblo de Castalla, escribió: « l'identification de la Kashtalla du traité, avec Castella « capitale musulmane du cantou d'Elvira », telle qu'elle est proposée par Cl. Sánchez-Albornoz... relève, à notre avis, de la pure fantaisie » ⁷⁹. Y sin embargo mi demostración había sido también algebraica ⁸⁰. En 759 el primer Omeya de Al-Andalus, todavía inseguro en Córdoba — había triunfado en la Al-Mušāra en mayo del 756 — tenía demasiado que hacer en el Sur para haber enviado un ejército al Norte a someter y castigar — ¿por qué? — a los valles lejanos donde medio siglo después nació Castilla. Ésta no existía en 759 ⁸¹ y cuando, décadas más tarde, empezó a ser atacado por los islamitas el territorio de su futura cuna, los escritores musulmanes le llamaron Al-Qilā, los Castillos, y no Qaštālla = Castella ⁸². 'Abd al-Raḥmān I exigió a los habitantes de Qaštālla

acababa de defender la identificación del Wādilakka con el Barbate, identifica a esa población Lakka, que naturalmente habría debido alzarse junto a tal río con otra — con Belo, hoy Bolonia — que se hallaba y se halla muy lejos del Barbate, y en la que no existe ninguna fuente termal. A tales dislates conduce el « sostenello y no enmendallo » que no sólo practicamos los hispanos y el rencor que suscitó en su orgullo de arabista y de historiador el haber dejado pasar delante de sus ojos los textos por él mismo publicados ¡ Con lo elegante que habría sido saber rectificar !

⁷⁸ Conf. SAAVEDRA, *Discursos*, 2ª ed., Madrid, 1914, p. 90.

⁷⁹ *Hist. Esp. Mus.*, I, p. 116, na. 1.

⁸⁰ *En torno a los orígenes del feudalismo*, III, pp. 209 y ss.

⁸¹ Nadie ha defendido su existencia en tal fecha, Fray Justo Pérez de Úrbel escribe de Castilla: « El nombre aparece por primera vez en una carta del año 800, pero no para designar un condado, sino una pequeña circunscripción o distrito judicial o administrativo que entonces se llamaba territorio. No era ni siquiera la alcaidía primitiva de que habla el poema (de Fernández González). En esa región que se extiende al sur de las montañas de Santander existía al terminar el siglo VIII, junto al territorio de Mena y al de Losa, el de Castilla, que comprendía los valles de Espinosa de los Monteros, bajando hacia Villarcayo y Medina de Pomar (*Historia del Condado de Castilla*, I, p. 711).

⁸² En *El nombre de Castilla, Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, II, p. 637, he señalado que Al-Rāzī, en pasaje aprovechado por Ibn al-A'īr (Fagnan, p. 143) y por Ibn Idārī (Fagnan, II, p. 101). registró ya el nombre de Al-Qila' al referirse la

diez mil onzas de oro, diez mil libras de plata y un tributo en caballos, mulos y armas propias de jinetes; ni vendido todo el minúsculo solar de la todavía non nata Castilla y vendidos todos sus moradores valían tal suma en 759. En el sur, según ha demostrado Dozy⁸³, y han atestiguado Simonet⁸⁴, Saavedra⁸⁵ y Gómez Moreno⁸⁶, la capital de la cora de Elvira, es decir, de la tierra granadina, se llamaba Castella⁸⁷; Yūsuf al-Fihri, después de vencido por 'Abd al-Rahmān a las puertas de Córdoba se refugió en Granada⁸⁸; es probable que tuviera allí partidarios⁸⁹, y lo es más que, a la muerte de su rival, 'Abd al-Rahmān se decidiera a castigarlos — Yūsuf murió en ra'yab del 142 de la hégira⁹⁰ y el pacto de seguro está fechado en safar de tal año. Por último mientras no sorprende que el granadino Ibn al-Jaṭib incluyera el texto del tratado en su *Ih̄āta fi-l-Tā'rīj Garnata* de haberse referido a la Castella de Granada, sería inexplicable que hubiese reproducido en ella el texto del amán concedido a los habitantes de los valles norteños donde surgió Castilla⁹¹.

Porque no habían alcanzado a descifrar el enigma que el pacto de seguro encerraba, Saavedra⁹² y Simonet⁹³ supusieron errada su fecha y Barrau-Dihigo⁹⁴ le juzgó apócrifo; a ello les forzaba la real imposibilidad de que en 759 el ejército de 'Abd al-Rahmān hubiese combatido

expedición de Abū 'Ulmām 'Ubaid Allāh contra Álava y Castilla en 792. Ese mismo nombre usaron en adelante los historiadores y compiladores islamitas al narrar las campañas contra ambas regiones de la marca oriental del reino de Oviedo. Lo he demostrado también en *El nombre de Castilla. Est. M. Pidal*, II, p. 638.

⁸³ *Recherches*, I^o, pp. 328-329.

⁸⁴ *Descripción del reino de Granada*, p. 30, e *Ha. de los mozárabes, Mrias., Ac. Ha.*, XIII, p. 34.

⁸⁵ *La geografía de España del Idrisi*, p. 25.

⁸⁶ *De Illiberri a Granada*, *Bol. Ac. Ha.*, 1905.

⁸⁷ Naturalmente no se ha atrevido a negarlo Lévi-Provençal.

⁸⁸ Cf. el *Ajbār Maḡmū'a*, trad. Lafuente Alcántara, p. 88 y ss.; el *Fath Al-Andalus*, trad. González, p. 65; el *Bayān al-Mugrib*, trad. Fagnan, II, p. 75; Al-Nuwairi, trad., p. 6, etc.

⁸⁹ En el *Fath Al-Andalus* se lee: « Joçuf que antes de ser emir tenía en Elvira bienes, casas y parientes... » (Trad. González, p. 65).

⁹⁰ Fijan tal fecha el *Fath Al-Andalus*, trad. González, p. 68; Ibn al-Aṭir, trad. Fagnan, p. 103; Al-Nuwairi, trad. Gaspar y Remiro, p. 7.

⁹¹ No debe olvidarse que la *Ih̄āta* de Ibn al-Jaṭib es un diccionario biográfico de los personajes que nacieron en Granada o que la visitaron.

⁹² *Abderramán I*, *Rev. Arch. Bib. y Mus.*, XXIII, 1910, p. 28, na. 2.

⁹³ *Ha. de los mozárabes. Mrias. Ac. Ha.*, XIII, p. 243.

⁹⁴ *Recherches sur l'histoire politique de royaume asturien*, *Rev. Hisp.*, LII, 1921, p. 149, na. 1.

en Bardulia. Después de leerme, los estudiosos españoles no han vacilado en aceptar mi tesis, incluso el P. Pérez de Úrbel ⁹⁵ — el mejor conocedor de la Castilla primitiva — no obstante la frecuencia de nuestras discusiones. Sólo ignorando la historia de la cristiandad septentrional ha podido Lévi-Provençal calificar de pura fantasía mi identificación.

No es fácil dominar las dos historias cristiana e islámica de España. Por ello he disculpado y silenciado la ignorancia de Lévi-Provençal sobre las cosas del Norte, aunque a veces esa ignorancia superaba lo silenciado y disculpable; en la primera edición de su *Histoire* que elogí sin regateos ⁹⁶, hizo a Ramiro I hijo de Alfonso II el Casto ⁹⁷, de quien dicen las crónicas « absque uxorem castissimam vitam duxit » ⁹⁸. ¿Pero por qué obstinarse en negar la realidad e injuriarme después de leerme? Sólo puedo explicarme otra vez su actitud por el despecho que le produjo el comprobar que no había sabido ver claro en el problema y que un no arabista había esclarecido la cuestión.

* * *

Ese despecho le movió también a encontrar discutible mi *Itinerario de la conquista de España por los musulmanes* ⁹⁹ sin atreverse en verdad a discutirlo; a declarar poco convincentes mis páginas sobre *El régimen de la tierra y la organización militar de la España musulmana durante el siglo VIII* ¹⁰⁰, sin aventurarse a enfrentar mis conclusiones; y a rechazar todas mis monografías sobre la historia del reino de Asturias.

Separa mucha distancia, lo digo con orgullo, nuestros sistemas de trabajo. El mío no difiere del habitual en los historiadores europeos

⁹⁵ *Hist. del Condado de Castilla*, I, p. 97, na. 8.

⁹⁶ En *Cuadernos Ha. Esp.*, VII, 1947, p. 201.

⁹⁷ La mort d'Alphonse II que eut lieu l'année suivante, et l'avènement de son fils Ramiro (842-850) n'apportèrent aucun changement dans la nature des relations entre le royaume de Cordoue et la monarchie Asturienne » *Hist. Esp. Mus.*, I^a, p. 144. Ante mi amistosa indicación epistolar rectificó ése y otros graves errores en la segunda edición de su obra; errores que habían pasado a la traducción castellana de la misma.

⁹⁸ Son palabras de la Albeldense (Ed. Gómez-Moreno, *Bol. Ac. Ha.*, 1932, C., p. 603). Alfonso III escribió de su antecesor « gloriosam, castam, pudicam, sobriam atque immaculatam vitam duxit ». (Ed. Gómez-Moreno, *Bol. Ac. Ha.*, 1932, C., p. 618). Para evitar ésa y otras caídas habría bastado a Lévi-Provençal con leer a BARRAU-DIHIGO: *Recherches hist. pol. royaume asturien*, *Rev. Hisp.*, LII, 1921, pp. 219 y 289.

⁹⁹ *Hist. Esp. Mus.*, I^a, p. 10.

¹⁰⁰ *Hist. Esp. Mus.*, III, p. 199.

contemporáneos. Lévi-Provençal fué, ante todo, un extraordinario y magnífico editor y traductor de textos arábigos. Por ello al hacer historia, cuando no disponía de una fuente clara y precisa que seguir, rehuía el problema crítico y no se atrevía a entrar a fondo en el complejo laberinto de paralelos, análisis, enfrentamientos... que la construcción histórica requiere.

Esa incapacidad, conjugada con su ignorancia de la fuente más cercana a los hechos, la Crónica Mozárabe del 754¹⁰¹, le impidió trazar una puntual historia de los valies sucesores de Muza. Son desdichadas sus páginas sobre ellos y todas de segunda mano¹⁰². Nunca enfrenta un problema crítico y tal renuncia le lleva a dejar sin resolver fáciles cuestiones como la relativa a la localización de la batalla en que murió Al-Samah. ¿Tarazona? ¿Toulouse? ¹⁰³. Por no perderse en el examen de la frondosa y muy vieja historiografía cristiana e islámica disponible para historiar la rebelión de los berberiscos españoles y las guerras civiles que de ella derivaron¹⁰⁴, se limita a seguir las marginales noticias que Gabrieli las consagra al estudiar el califato de Hišām II¹⁰⁵; aunque, desconocedor de la cronología y autoridad de las fuentes latinas, le reproche haber otorgado crédito a la Crónica Mozárabe del 754 para narrar la batalla de Poitiers del 732¹⁰⁶ y prefiera al mucho más tardío *Chronicon Moiscense*¹⁰⁷.

Y cuando creía haber encontrado el texto apetecido despreciaba los demás, faltando a las más elementales reglas del método histórico. Por

¹⁰¹ La cita alguna vez como citada por algún autor pero jamás la aprovecha directamente.

¹⁰² *Hist. Esp. Mus.*, I^o, p. 34 y ss. Para redactarlás nunca acude a las fuentes latinas o arábigas.

¹⁰³ *Hist. Esp. Mus.*, I^o, p. 40, na. 2 y p. 58. El testimonio de la *Continuatio Isidoriana* o Crónica Mozárabe que Lévi-Provençal deja de lado, le habría permitido resolverla. Compárense las líneas que consagra al tema con el detenido examen del mismo en mi estudio: *Otra vez Guadalete...*, *Cuadernos Hist. Esp.*, I y II, p. 96. Ese parangón y otros muchos paralelos semejantes fueron la causa de su irritación.

¹⁰⁴ Registré y aproveché esa bibliografía en mi obra *En torno a los orígenes del feudalismo*, III, p. 232 y ss. Véanse en particular las nas. 51, 54, 56, 61, 63, 66, etc.

¹⁰⁵ *Il califfato di Hisham. Studi di storia omayyade. Mém. de la Soc. Royale d'Archéologie d'Alexandrie*, VII, 2, Alejandria, 1935.

¹⁰⁶ *Hist. Esp. Mus.*, I^o, p. 59, na. 3. Le reprocha incluso haber preferido la ed. de Mommsen a la de Tailhan. Cualquier historiador auténtico habría hecho lo mismo que Gabrieli, porque no sin razón había calificado Mommsen de « editio autem pessima » a la preferida por Lévi-Provençal.

¹⁰⁷ Es el único texto latino que utiliza en esta parte de su obra.

ello ha podido Pérez de Úrbel ¹⁰⁸ reprocharle haber dejado de lado a Ibn al-Aṭīr y haber desdeñado la autoridad de las crónicas de Albelda y de Alfonso III al estudiar los orígenes del reino de Pamplona. Por ello puedo yo señalar la pobreza, la vejez y lo errado de sus páginas sobre la conquista, sobre el régimen de la tierra de ella derivado y, en general, sobre toda la historia española del siglo VIII. Le faltó su fuente predilecta, Ibn Hayyān — la fuente cuya traducción abreviada le permitió renovar la historia hispana del siglo IX — y por no tomarse el penoso trabajo de exprimir con agudeza y celo los muchos textos disponibles, apenas alteró lo sabido de antiguo. Y se aferró a monografías envejecidas, algunas como la de Saavedra ¹⁰⁹ sobre la invasión, hace más de treinta años invalidadas por la crítica implacable de Barrau-Dihigo ¹¹⁰. Las mías podrán tener alguna falla — fallas tienen todas las obras de historia — pero espero confiado el fracaso de quien se atreva a enredarse en su contradicción integral, si hay alguno que se decida a acometer tal aventura, ni siquiera iniciada por Lévi-Provençal.

Un exhaustivo examen de las fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII, en función de la bibliografía internacional sobre el régimen de la tierra en el Oriente califal, durante el primer siglo del Islam, me permitió trazar un cuadro novedoso sobre el régimen de la tierra en Al-Ándalus, durante el siglo VIII ¹¹¹. Lévi-Provençal en lugar de otorgar crédito a mi monografía, monografía cuyas conclusiones han aceptado todos ¹¹² y cuyo rigor reconoció mi contradictor — no podía negarlo — arrastrado por su invencible y explicada hostilidad a mis trabajos, rozó el tema sin entrar a fondo en él y se limitó a escribir unas páginas insignificantes y no exentas de error. Comprendo que no hubiese intentado rebatirme, porque después del intrincado y difícil esfuerzo que habría debido realizar no habría podido destruir mi teoría — dudo de que alguien logre a demostrar su inanidad. Pero si su resistencia a aceptar mi tesis, por el puro hecho de ser mía, era superior a su misma.

¹⁰⁸ *Lo viejo y lo nuevo sobre el origen del reino de Pamplona. Al-Andalus*, XIX, I, 1954, pp. 8 y 22-26.

¹⁰⁹ *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*, Madrid, 1892.

¹¹⁰ *Recherches hist. pol. royaume asturien*, *Rev. Hisp.*, LII, 1921, p. 107.

¹¹¹ *En torno a los orígenes del feudalismo*, III, pp. 165-215.

¹¹² Ninguno de los arabistas españoles ha contradicho mis páginas sobre « El régimen de la tierra y la organización militar de la España musulmana durante el siglo VIII ». Ha aceptado su contenido VALDEAVELLANO: *Ha. de España*, I, p. 386. E incluso fueron traducidas al francés en 1940, antes de su publicación en castellano, por iniciativa del entonces profesor de Burdeos, Fawtier.

voluntad, habría podido a lo menos estudiar la cuestión con seriedad, sin mutilaciones y sin graves caídas.

Porque es el caso que Lévi-Provençal se ha limitado a reproducir, no siempre puntualmente, el relato de Ibn Muzaín sobre el supuesto reparto de tierras por Muza entre los conquistadores; y a reproducir también el airado rechazo de tal tradición por Ibn Ḥazm, acompañado por la réplica que éste mereció de otro jurista del mismo siglo XI¹¹³. Conforme su habitual sistema de trabajo, ha dejado de lado las otras noticias que poseemos sobre el tema y no ha intentado encuadrar todas en el marco de las normas jurídicas califales primitivas.

Según Lévi-Provençal¹¹⁴, Ibn Muzaín habría dicho que « Mūsā ibn Nuṣair, une fois achevée la conquête de l'Espagne aurait partagé entre ses troupes non seulement les captifs et les biens mobiliers, mais aussi les territoires situés dans les plaines. Toutefois de même que pour le butin et les captifs, il reserva a l'Etat una quote-part d'un cinquième sur les terres et les propriétés bâties dont il fit la répartition. Sur ce « quint » ou *khums* territorial, il établit comme colons, à fin de le mettre en valeur au profit du trésor de la communauté musulmane, des captifs prélevés sur le « quint » du butin, parmi les hommes d'âge mûr et les paysans les plus grossiers. On aurait appelé ces colons les *akhmas* et leurs descendants les banu-l akhmas ». Dozy¹¹⁵ y Ribera¹¹⁶, de acuerdo al traducir el pasaje de Ibn Muzaín, escriben, sin embargo :

« De los cautivos (Muza) escogió 100.000 de los mejores y más jóvenes y se los mandó al emir de los creyentes... pero dejó los otros cautivos que estaban en el quinto, especialmente campesinos y niños, adscritos a las tierras del quinto a fin de que las cultivasen y diesen el tercio de sus productos al tesoro público ». Lévi-Provençal alteró, pues, el sentido de la noticia, sin darse cuenta de lo absurdo del trasiego de hombres que refiere y de que lógicamente Muza hubo de dejar en el *jums* o quinto a quienes en él estuviesen.

¹¹³ *Hist. Esp. Mus.*, III, pp. 201-204. Como « no me duelen prendas » según dice el adagio castellano; es decir, como no me duele confesar mis errores, debo declarar que interpreté equivocadamente el pasaje de Abū Ya'far Aḥmad ibn Nāsr contradictor de Ibn Ḥazm. No fué él quien afirmó que no había habido reparto ordenado de tierras; lo afirmó el autor a quien contradecía. Confieso el único yerro que ha logrado pescar Lévi-Provençal en medio centenar de páginas.

¹¹⁴ *Hist. Esp. Mus.*, III, p. 201.

¹¹⁵ *Recherches*, I^o, pp. 73-74.

¹¹⁶ *Col. obr. ar. Ac. Ha.*, II, p. 172.

Lévi-Provençal ¹¹⁷ escribe luego: « Le même chroniqueur rapporte ensuite qu'à l'exception de trois territoires, ceux de Santarem et Coïmbre a l'Ouest, et celui de Murcie a l'Est (les deux premiers furent-ils l'objet d'un traité spécial, comme celui de la principauté levantine de Theodomir³), toutes les régions conquises par les armes dans la Péninsule — c'est à dire le pays plat — furent, après le prélèvement du quint, partagés par Musa ibn Nusair ». Pero Ribera ¹¹⁸ traduce así a Ibn Muzain: « Excepción hecha de tres distritos, Santarén y Coimbra en el Occidente y Ejea en el Oriente de España, Muza distribuyó entre sus soldados las tierras de todas las comarcas conquistadas a viva fuerza, después de haber deducido el quinto para el tesoro ». Su versión coincide con la de Dozy ¹¹⁹ y otra vez ha alterado, por tanto, Lévi-Provençal el pasaje de Ibn Muzain. Su apostilla atestigua, además, cómo no se había dado cuenta de que las tierras repartidas eran aquellas ganadas por la fuerza sin que sus habitantes hubiesen capitulado. Puesto que Teodomiro había logrado nada menos que una capitulación de rango político, la tierra murciana no podía ser equiparada a las conquistadas por la violencia, únicas que podían ser divididas y quintadas.

Varias veces insiste Lévi-Provençal en identificar las ganadas por la fuerza con las tierras de las llanuras. Ciertamente Ibn Muzain las distingue de las tierras de lugares abruptos y de las montañas del Norte. Pero también lo es que el mismo cronista escribe: « Algunos sabios antiguos dicen hablando de España, que la mayor parte de ella se sometió por capitulación, excepto algunos lugares bien conocidos, porque después de la derrota de Rodrigo todas las ciudades capitularon; de aquí que los cristianos que las habitaban continuaron poseyendo sus tierras y demás propiedades con el derecho de venderlas » ¹²⁰. Y yo he recogido la larga serie de noticias sobre capitulaciones que han llegado hasta nosotros ¹²¹; serie que debió de ser mucho mayor en realidad, porque si no hubiesen capitulado los más de los españoles, Tāriq y Mūsā no habrían podido conquistar España en menos de tres años y no habría habido como hubo en verdad, y no sólo en el Norte sino en toda ella, una enorme masa de

¹¹⁷ *Hist. Esp. Mus.*, III, p. 202.

¹¹⁸ *Col. obr. ar. Ac. Ha.*, II, p. 172.

¹¹⁹ *Recherches*, I^o, p. 74.

¹²⁰ El pasaje de Ibn Muzain incluido en la *Risala* del Embajador Marroquí es así traducido por Ribera (*Col. obr. ar. Ac. Ha.*, II, p. 173), de acuerdo con la versión de Dozy (*Recherches*, I^o, p. 75).

¹²¹ *En torno a los orígenes del feudalismo*, III, p. 178 y ss.

peninsulares libres y propietarios: los mozárabes y los neo-musulmanes o muladíes. El mismo Lévi-Provençal reconoce, después, que en la España central hubo muchos propietarios de origen indígena.

Y Lévi-Provençal apenas añade nada más a tan pobres indicaciones¹²². Su habitual desdén por el integral aprovechamiento de las fuentes disponibles le movió a prescindir de las múltiples noticias que cabe espigar en el Anónimo Mozárabe del 754¹²³; en Ibn Habīb, de la primera mitad del siglo ix¹²⁴; en Aḥmad al-Rāzī, muerto en 955 pero gran conocedor de las tradiciones, relatos y crónicas de las dos centurias anteriores¹²⁵ y en otros muchos cronistas, historiadores y compiladores islamitas posteriores a Rasis — en Ibn al-Qūṭīya, como es sabido buen conocedor de las tradiciones hispanas¹²⁶; en el *Fath al-Andalus*, inspirado en Al-Rāzī, etc.¹²⁷ — noticias que me permitieron completar el cuadro unilateral trazado por Ibn Muzaīn del régimen de la tierra en Al-Ándalus durante el siglo viii. Un extracto de mi exhaustivo estudio habría permitido a Lévi-Provençal salvarse de permanecer fiel a viejas construcciones ya caducas. Nadie habría podido pedirle cuentas por no haber sacado partido de la frase del Anónimo Mozárabe sobre la percepción por los sirios de Balý de los *vectigalia* que pagaban los cristianos; un arabista no estaba obligado a saber que tal vocablo significaba tributo,

¹²² Invito a leerlas a quien dude de mis palabras y a comparar sus seis pobres páginas con el medio centenar de las mías. Ni siquiera acreditó conocer la bibliografía internacional sobre el problema de la tierra en el Oriente califal.

¹²³ Ni una vez le cita, no obstante ser el único autor contemporáneo de los hechos y no obstante la importancia decisiva de sus datos.

¹²⁴ Tampoco le menciona siquiera, no obstante la autoridad de su testimonio, por la fecha en que escribió y por su condición de afamado jurisconsulto.

¹²⁵ No cabe olvidar que dispuso de las crónicas de Badr, liberto de Abd al-Rahmān I; de Muḥammad Ibn ʿIsā, alfaquí cordobés de fines del siglo viii y principios del ix, y de cuantos anales y crónicas se escribieron en esas dos centurias. Su afirmación de que todos los cristianos de España pagaban las sumas percibidas por los sirios (*Crónica de Rasis*, ed. Gayangos, p. 90) es, sin embargo, decisiva.

¹²⁶ No podía prescindirse empero de su noticia. Después de referir el establecimiento de los sirios en diversas regiones de España añade: «corriendo su mantenimiento a cuenta de aquellos españoles que se habían sometido por medio de tratados». Trad. Ribera, *Col. obr. ar. Ac. Ha.*, II, p. 15.

¹²⁷ Es imperdonable haber prescindido de este pasaje importantísimo: «Concedió (Abū al-Jaṭṭār) en renta a estos últimos (a los sirios), la tercera parte de la contribución (que pagaban) los extranjeros protegidos; y a los árabes beladíes que fueron las primeras tropas (que entraron en España), les abandonó sus bienes y no tuvo por ello reclamación ninguna» (Trad. González, pp. 41-42). He señalado la trascendencia de este pasaje en mi obra: *En torno a los orígenes del feudalismo*, III, p. 206, na. 173.

no renta del suelo. Pero si cabe reprocharle no haber aceptado mi tesis sobre la naturaleza de los feudos recibidos por los integrantes de los *ġunud* siriacos, basada en la concordancia entre el significado técnico de *vectigalia* y los testimonios coincidentes de las muy autorizadas fuentes arábicas antes citadas. Y por no haber escuchado las palabras de Rasis y de Ibn al-Qūṭīya sobre la política de 'Abd al-Raḥmān I, encaminada a restaurar el volumen de los bienes del Estado ¹²⁸.

* * *

Sólo el propósito de combatir mis dos obras: *Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII* y *El Ajbār Ma'ǧmū'a. Cuestiones historiográficas que suscita* puede explicar la inclusión por Lévi-Provençal de cinco páginas sobre la *Historiographie califienne* en el tomo III de su *Histoire de l'Espagne musulmane*. Yo, que no soy arabista, me habría avergonzado de haberlas escrito. Tres de ellas están consagradas a consignar la noticia de 'Īṣa al-Rāzī sobre la actividad de su abuelo Muḥammad ibn Mūsā como comerciante oriental en España y como espía al servicio de los emires Muḥammad y Al-Mundīr, y a recoger el elogio del mismo sobre la labor histórica de su padre Aḥmad. Y consagra la cuarta a censurarme ¹²⁹.

Bastan a Lévi-Provençal para dar por vano mi esfuerzo y para rechazar mis obras por inútiles las siguientes palabras de 'Īṣa al-Rāzī sobre su progenitor: « Il étudia les sciences religieuses et montra un certain penchant pour les belles-lettres. Mais l'amour de l'histoire et de l'enquête, l'emportèrent chez lui: ce n'était pas alors une discipline à laquelle les Andalous s'adonnaient. Il se mit a recueillir des informations auprès des vieillards et de transmetteurs de nouvelles (*ruwat*) qu'il put joindre; et harmonisa cette documentation sous la forme d'une histoire. Il fut ainsi le premier à codifier les règles de la composition historique en Espagne. Cela le rapprocha du souverain et lui permit de rehausser sa propre condition et celle de son fils après lui. A eux deux, ils dotèrent les Andalous d'une science que ceux-ci n'avaient pas jusque-là pratiquée avec bonheur » ¹³⁰.

Sin una intención premeditada — no puedo creer en su ingenuidad — no es posible comprender que un erudito como Lévi-Provençal haya tomado al pie de la letra tales palabras y no haya advertido su a la par

¹²⁸ Véanse los pasajes que he reunido en la obra citada, t. III, pp. 208-212.

¹²⁹ *Hist. Esp. Mus.*, III, pp. 501-506.

¹³⁰ *Hist. Esp. Mus.*, III, p. 504.

devota y egoísta intención ditirámbica. Su devoción filial habría inclinado siempre a 'Īṣa a hipertrofiar la labor paterna. Pero al exaltar la personalidad de su progenitor aseguraba además su posición en la corte y en el mundo oficial. ¿Quién puede dudar de tales propósitos al leer la última frase de 'Īṣa, donde afirma que a su padre y a él les debían los andaluces la ciencia de la historia? De un plumazo el orgulloso cronista borraba — o creía haber borrado — del cuadro de la historiografía de Al-Ándalus a todos los otros historiadores.

'Īṣa al-Rāzī mentía a sabiendas y no comprendo como no ha captado su mentira Lévi-Provençal. He sido el primero en destacar la personalidad de Aḥmad al-Rāzī y en estudiar a fondo su obra ¹³¹ — el primero y el único hasta ahora ¹³². Si su enemiga contra mí no hubiese obnubilado a Lévi-Provençal, habría debido reconocerlo sin vacilaciones. Dudo de que el más erudito arabista pueda invalidar mis detenidas páginas sobre al padre de 'Īṣa; podrá mejorarlas, no destruirlas. Gracias a mi esfuerzo conocemos la pasmosa erudición del segundo de los Rasis, su utilización directa o indirecta de fuentes romanas y godas, algunas perdidas; su dominio de la historiografía oriental, africana y española concerniente a la historia de su patria andaluza y su gran influencia en los historiadores y compiladores posteriores de Oriente y de España. He señalado incluso como sus citas hacían fe en los pleitos jerárquicos mantenidos por los arzobispos españoles del siglo XIII. Creo que su obra seguirá viva aún en el siglo XVII.

Pero si 'Īṣa no hubiese abultado ditirámbicamente la empresa paterna, es decir, si Aḥmad no hubiese sido precedido por otros cronistas y por una paciente labor analística, ni el segundo de los Rasis ni los otros historiadores de su época ¹³³ habrían podido jamás escribir la historia

¹³¹ En mis *Fuentes ha. hisp. mus. Siglo VIII*, pp. 151-203 y en varias monografías citadas en la na. 34, que han merecido la aceptación general — y en particular la de MEXÉNDEZ PIDAL: *Sobre la Crónica Pseudo Isidoriana, Cuadernos Ha. Esp.*, XXI-XXII, 1954, pp. 6 y 35; y la de LÉVI DELLA VIDA: *La traduzione araba delle Storie di Orosio. Al-Andalus*, XIX, 2, 1954, p. 286 y ss. La saña desdeñosa de Lévi-Provençal contra mis trabajos no le permitió conceder importancia a estudios que elogiaban dos tan famosos y a la par tan dispares historiadores como los citados.

¹³² Se puede sacar algún partido sobre un mínimo aspecto de la obra de Aḥmad al-Rāzī, de las breves páginas que ha consagrado Lévi-Provençal a prologar su *Essai de reconstitution de l'original arabe et traduction française de la Description de l'Espagne*, de Rasis (*Al-Andalus*, XVIII, 1, 1953, pp. 51-58).

¹³³ No olvidemos que en su época escribieron Ibn 'Abd-Rabbihi (860-940), Qāsim ibn Aṣḥab (862-952), Ibn Ayman (m° 941), Mu'āwiya ibn Hišām el Šabānisiyya (m° antes del 961), Al-Ḥasan ibn Mufarraý (m° antes de 961); Jālid ibn Sa'ad (m° 963) y otros varios; de todos los cuales me he ocupado en mis *Fuentes ha. hisp. mus.* y de la mayoría de los cuales poseemos textos y citas importantes.

que asoma a las páginas de los compiladores musulmanes de los siglos xi al xvii. De los historiadores coetáneos de Aḥmad y especialmente de éste proceden las puntuales noticias que ofrece Ibn Ḥayyān sobre los reinados de Al-Ḥakam I y 'Abd al-Raḥmān II ¹³⁴; el mismo Lévi-Provençal ha reconocido esa derivación ¹³⁵. Ahora bien, cualquiera puede leer la traducción de los pasajes de Ibn Ḥayyān sobre la historia del reino de Pamplona del 799 en adelante, traducciones irreprochables por ser obra de García Gómez ¹³⁶. Y cualquiera que las lea se verá forzado a negar que, consultando a los viejos y a los tradicioneros, Aḥmad al-Rāzī, que escribió avanzada la primera mitad del siglo x — murió en 955 de 68 años — habría podido recoger los innumerables pormenores personales, fácticos y cronológicos que de su obra pasaron al *Muqtabis* ¹³⁷. Y como también nos brindan numerosos detalles cuantas noticias sobre la historia de la segunda mitad del siglo viii podemos atribuir con seguridad al segundo de los Rasis ¹³⁸ y otro tanto hacen muchas de las citas del mismo por los compiladores que le siguieron al historiar el siglo ix ¹³⁹, es absolutamente

¹³⁴ Ibn Ḥayyān cita a Aḥmad al-Rāzī, por ejemplo: al referir las relaciones de Alfonso II con el rebelde Maḥmūd acogido a Galicia (LÉVI-PROVENÇAL, *Hist. Esp. Mus.*, I, p. 210); la invasión normanda del 844 (Íd., p. 219); las obras de 'Abd al-Raḥmān II en la mezquita de Córdoba (LAMBERT: *Annales, Inst. Et. Or. Lett. Alger*, 1936, II); la campaña de « Muza », caudillo de los Banū Qasī, contra Álava y Castilla en 856 (GARCÍA GÓMEZ: *Textos inéditos del Muqtabis sobre orig. reino. Pamplona, Al-Andalus*, XIX, p. 309); el frustrado intento de Muḥammad de destruir el templo de Hércules en Cádiz (LÉVI-PROVENÇAL: *Hist. Esp. Mus.*, III, p. 339); la muerte de Al-Mundir delante de Bobastro (Íd., I, p. 332); etc.

¹³⁵ *Hist. Esp. Mus.*, I, p. 194.

¹³⁶ *Al-Andalus*, XIX, p. 297 y ss.

¹³⁷ Es imposible, por ejemplo, que llegaran hasta Al-Rāzī por tradición oral las noticias del *Muqtabis* sobre los sucesos ocurridos en la Frontera Superior durante los años 842 y 843, 850, etc. Se recogen en tales relatos tal cantidad de nombres de personas y de lugares, se refieren tantos hechos menudos, se consignan tantas fechas precisas... que la memoria más feliz no pudo conservar esa muchedumbre de datos minúsculos y sin relieve. Y es seguro por tanto que Al-Rāzī hubo de tomarlos de fuentes escritas; de las historias o de los anales que los habían consignado.

¹³⁸ Los he registrado en mis *Fuentes ha. hisp. mus. siglo VIII*, pp. 194-197. Al-Rāzī reprodujo en ellos incluso algunos documentos: una parte de la carta de Yūsuf al-Fibrī a 'Abd al-Raḥmān I — de Rasis pasó al *Bayān* (FAGNAN, II, p. 70); el amán de 'Abd al-Raḥmān a los cristianos de Castilla = Elvira — de Rasis la copió Ibn al-Jatīb (SIMONET, *Mozárabes*, p. 813); parte de la misiva de 'Abd al-Raḥmān I a los toledanos anunciándoles el nombramiento de 'Amrūs para regirlos — de Rasis debió copiarla Ibn al-Aḥir (FAGNAN, p. 168).

¹³⁹ Véanse las citas de Aḥmad Al-Rāzī: por Ibn Ḥayyān sobre temas registrados en la n. 134; por Ibn Sa'īd — sobre el número de mercenarios de Al-Ḥakam I (LÉVI-

seguro que su hijo desfiguró la verdad de propósito y que Ahmad al-Rāzī y, como él, los historiadores de su generación entre los que sobresalen Mu'āwiya ibn Hišām al-Šabānisiyya¹⁴⁰ y un cordobés, difícil

PROVENÇAL, *Hist. Esp. Mus.*, I^a, p. 189, na. 3); por Ibn Al-Abbār — sobre la muerte de Al-Mundir (ÍD., I^a, p. 306); por Ibn 'Idāri — sobre diversos sucesos de las luchas fronterizas (FAGNAN, II, 101, 159, 189); etc.

¹⁴⁰ Me ocupé de él en mis *Fuentes*, pp. 132-133. En mi bibliografía del mismo cometí dos errores: uno por descuido — lo supuse muriendo en 912, fecha de la muerte de su padre — y el otro involuntario — le llamé el Sapiencia o Sabiensiyya, como le habían llamado Ribera, Antuña y García-Gómez; a creer a Lévi-Provençal debemos llamarle: Šabānisiyya. Siguen firmes mis otras noticias sobre él y las citas que de él registré en Ibn Ḥayyān, Ibn Al-Abbār e Ibn al-Jaṭib. He de añadir a las del *Muqtabis* las que atribuí a un compilador anónimo siguiendo a Lévi-Provençal, que todavía no había identificado la compilación por él hallada en la mezquita del Karawiyin de Fez con la obra de Ibn Ḥayyān. Y también la relativa a las fuerzas de caballería que los distritos andaluces enviaron a la campaña contra Castilla y Álava del 863, copiada por Ibn 'Idāri del *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān y por éste de Mu'āwiya, según afirma ahora Lévi-Provençal (*Hist. Esp. Mus.*, III, p. 71, na. 1). Todas estas citas acreditadas en sus obras una tan puntual y pormenorizada información que tampoco el Šabānisiyya — si es que debemos llamarle así — pudo tomar sus noticias de ancianos y de narradores de tradiciones, como 'Isā al-Rāzī afirma que hizo su propio padre.

Si Lévi-Provençal se hubiera y me hubiera leído no habría además escrito lo que escribió de Mu'āwiya ibn Hišām en su Introducción a *Una Crónica anónima de 'Abd Al-Raḥmān II Al-Nāṣir*. Madrid, 1950, pp. 20-21. Porque habría podido ofrecer de su obra muchas noticias — las que yo recogí — y habría podido rechazar con firmeza la atribución al mismo de la citada Crónica Anónima. No porque muerto su padre en 912, no hubiera podido vivir hasta el año de la muerte del primer califa de Córdoba en 961 — el padre de Ahmad al-Rāzī murió en 890 y él alcanzó a vivir hasta el 955. No pudo consignar la fecha en cuestión porque le faltara plazo para presenciarse, sino porque de su noticia sobre las construcciones de 'Abd al-Raḥmān II, comunicada por Lévi-Provençal a Lambert, resulta que escribió antes de la subida al trono de Al-Ḥakam II (*Ann. Inst. Etud. Or., Fac. Lettr. Alger*, 1936, II, p. 167).

En todo caso Mu'āwiya ibn Hišām no escribió después de 'Arib ibn Sa'ad como afirma Lévi-Provençal. Tras negar que éste pudiera haber sido el autor de la Crónica de 'Abd al-Raḥmān III y antes de lanzarse a hablar del Šabānisiyya, escribe: « Habremos, pues, de circunscribir nuestra búsqueda a las crónicas redactadas después de la de 'Arib, pero antes del *Muqtabis* ». Mas es el caso que 'Arib da a entender muchas veces que escribía durante el reinado de Al-Ḥakam II — Dozy reunió las frases de 'Arib que lo atestiguan: *Bayano l'Mogrīb*, Introduction, pp. 32-34 — cuando Mu'āwiya ibn Hišām llevaba años enterrado. Los no arabistas somos a veces incómodos para los arabistas. Si fueran menos sañudos con nosotros y se decidieran a aprendernos — puedo escribir: a leerme — se ahorrarían estas rectificaciones.

de encuadrar biográficamente, Al-Ḥasan ibn Mufarriȳ al-Nu'āfirī¹⁴¹, dispusieron de un caudal historiográfico en modo alguno despreciable¹⁴².

¹⁴¹ Lévi-Provençal y García-Gómez han atribuido la Crónica anónima de 'Abd al-Raḥmān III (Introduction, pp. 21-22) a Abū Bakr Al-Ḥasan ibn Muḥammad ibn Mufarriȳ al Mu'āfirī al-Qubbašī. Si hubieran leído la nota que le consagré en mis *Fuentes*, p. 157, habrían vacilado. Cierto que según una biografía de Ibn Baškuwāl (*Bib. Ar. Hisp.*, I, na. 308) el autor citado nació en 959 y murió hacia el 1039; y cierto que entre tales fechas le hizo vivir PONS BORGES: *Ensayo*, n.º 102, p. 125. Pero en la *Sila* se atribuye al Qubbašī una obra que abarcaba las biografías de los emires, cadíes, y alfaquies de Al-Andalus y es dudoso que de ella pueda proceder el pormenorizado relato de las campañas y del reinado de 'Abd al-Raḥmān III que se traza en la Crónica Anónima. Frente a la noticia de Ibn Baškuwāl, Al-Dabbī presenta al Qubbašī viviendo en tiempos de Al-Ḥakam II — declara que el citado califa le distinguía de otro Ibn Mufarriȳ llamado Al-Fontaurī. Y tenemos además numerosas noticias de un Al-Ḥasan ibn Mufarriȳ que vivió en fecha todavía anterior.

Ibn Ḥayyān reproduce un pasaje de Al-Ḥasan ibn Mufarriȳ sobre las obras realizadas por 'Abd al-Raḥmān II en la mezquita de Córdoba y de él resulta que escribió antes de que iniciara las suyas Al-Ḥakam II. Es seguro que éste ensanchó la mezquita en profundidad, y que hizo, por tanto, retroceder el mihrab; ahora bien, las frases de Ibn Mufarriȳ, traducidas por Lévi-Provençal y publicadas por Lambert (*Hist. de la grande mosquée de Cordoue. Ann. Inst. Etud. Or. Fac. Lettr. Alger*, 1936, II, p. 166) no dejan lugar a dudas: « Abd al-Raḥmān donna l'ordre d'agrandir la grande mosquée de Cordoue, elle fut prolongée de l'espace compris a partir des gros pilastres de pierre... jusqu' au fond du Sanctuaire ». Ante esa afirmación, Lambert, siguiendo a Lévi-Provençal, reconoció la realidad de que Al-Ḥasam ibn Mufarriȳ escribió antes de la transformación de la mezquita por el segundo califa. Si no hubiese errado Ibn Baškuwāl y Al-Mu'āfirī hubiese vivido entre el 959 y el 1039 habría incluso presenciado la ampliación de Almanzor.

Las relaciones de bibliófilo de un Ibn Mufarriȳ con Al-Ḥakam II que señala Ribera (*Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana. Disertaciones y opúsculos*, I, p. 194) habrían sido además imposibles si Ibn Baškuwāl se hubiese referido a nuestro Al-Ḥasan al fechar su nacimiento en 959; habrían debido anudarse en la infancia o en la primera juventud del cronista, puesto que Al-Ḥakam II murió en 976, cuando Al-Mu'āfirī habría cumplido 17 años. En cambio son admisibles si le suponemos hombre de la primera mitad del siglo X y manteniendo amistad literaria con el príncipe bibliófilo, nacido en 915 y que antes de su subida al trono, a los 46 años, había ya gustado del trato con los hombres de letras.

Al-Ḥasam ibn Mufarriȳ fué un gran historiador de la generación de Aḥmad al-Rāzī. Le debemos una Historia de Al-Ándalus desde los primeros tiempos del Islam español. De ella tomó el autor del *Fath Al-Andalus* puntuales noticias sobre el valiato de Al-Samah y la restauración del puente de Córdoba. Para escribirla se inspiró en fuentes cercanas de las que aprovecharon Rasis y el compilador del *Ajbār Maḥmū'a*. Su autoridad movió a Ibn Ḥayyān a utilizarla con frecuencia; de ella derivan noticias del *Muqtabis* sobre las construcciones de 'Abd al-Raḥmān II, sobre el cambio de embajadas entre Córdoba y Bizancio durante el reinado del mismo soberano y no pocos deta-

Sin ese caudal historiográfico anterior a Aḥmad al-Rāzī que me atrevo a considerár importante, no conoceríamos la historia de los primeros Omeyas de Al-Ándalus con el pormenor que acreditan las páginas de los compiladores musulmanes del siglo XI al XVII. Sin ella, nunca se habrían escrito los relatos del Ibn 'Idārī¹⁴³ acerca de la entrada y triunfo del Príncipe Emigrante; ni la historia analítica de los primeros Omeyas de Córdoba trazada por Ibn al-Atīr¹⁴⁴ y por Ibn 'Idārī¹⁴⁵, entre la que destacan las páginas consagradas a la campaña de 'Abd al-Karīm ibn Mugait contra Asturias en 795¹⁴⁵ y la del príncipe 'Abd al-Raḥmān contra Castilla en 765¹⁴⁷; ni los volúmenes del *Muqtabis* dedicados a Al-Ḥakam I, a 'Abd al-Raḥmān II y 'Abd Allāh¹⁴⁸, donde, por ejemplo, se narran con precisión desconcertante: las campañas de los ejércitos emirales contra Pamplona a partir del 842¹⁴⁹, la invasión normanda en 844¹⁵⁰ y la rebelión de 'Umar ibn Ḥafṣūn¹⁵¹. ¿Pudieron transmitirse

lles de la historia de 'Abd Allāh. Comprobé todas estas afirmaciones en mis *Fuentes*, pp. 157-158.

Si Lévi-Provençal me hubiera leído se habría evitado la nueva caída. Más prudente que él, García-Gómez, que participó en tiempos de la misma fobia contra mis estudios, se ha convencido de que no puede prescindir de ellos al estudiar el *Fath Al-Andalus*. Me desdeñaron al publicar la Crónica de Al-Nāṣir y son inválidas las páginas que dedicaron a indagar su paternidad. Apartados 'Arīb, Mu'āwiya ibn Hišām y Al-Ḥasan ibn Mufarriy, en mis *Fuentes* pueden encontrar la pista para fijar su autor. Y no digo más.

¹⁴² Debemos al mismo Lévi-Provençal la noticia de que Mu'āwiya ibn Hišām recogía, por ejemplo, la pormenorizada estadística de los jinetes andaluces que concurrieron a la campaña contra Álava y Castilla en 863. Esa estadística nunca habría podido llegar hasta el Šabānisiyya por tradición oral.

¹⁴³ Trad. Fagnan, II, pp. 61-73.

¹⁴⁴ Trad. Fagnan, *Annales*, p. 102 y ss.

¹⁴⁵ Trad. Fagnan, I., p. 73 y ss.

¹⁴⁶ Trad. Fagnan, II, pp. 101-104.

¹⁴⁷ Trad. Fagnan, II, pp. 160-163.

¹⁴⁸ Aprovechando los dos primeros ha rehecho Lévi-Provençal la historia de tales soberanos (*Hist. Esp. Mus.*, I^o, pps 150-279). El tercero sirvió a Dozy para trazar la muy vivaz del emir 'Abd Allāh (*Hist. des mus. d'Esp.*, ed. Lévi-Provençal, II, p. 23 y ss.) y está siendo traducida por José E. Guraieb en los *Cuadernos de Hist. de Esp.* a partir del vol. XIII, 1950.

¹⁴⁹ Véase la traducción de tales relatos por GARCÍA-GÓMEZ, *Al-Andalus*, XIX, 2, 1954, p. 297 y ss.

¹⁵⁰ Bemito al novedoso relato de la misma por LÉVI-PROVENÇAL, *Hist. Esp. Mus.*, I^o, p. 18 y ss.

¹⁵¹ Trad. Guraieb, *Cuadernos Ha. Esp.*, XX, p. 338 y ss.; XXIII, p. 334 y ss.

por tradición oral hasta el siglo x la multitud de menudos datos analíticos sobre fenómenos atmosféricos o demográficos, construcciones públicas o estadísticas fiscales o guerreras, muertes de personajes ilustres de Al-Ándalus y de los reinos cristianos, etc., etc., que han llegado hasta nosotros sobre el pasado de la España musulmana desde el triunfo de 'Abd al-Rahmān I a las puertas de Córdoba en 756? El mismo Ibn Hayyān reprodujo algunos anales relativos a los trabajos que se realizaron en la mezquita cordobesa reinando 'Abd al-Rahmān II ¹⁵² y poseemos otra larga serie de detalladas y concretas noticias que en ninguna manera pudieron llegar de labios a oídos hasta Al-Rāzī y sus contemporáneos. No. Quien se haya adentrado o se adentre, con ánimo sereno, con aguda intención inquisitiva y sin rencores eruditos, a la historia hispano-musulmana de los siglos viii y ix no podrá afirmar que fueron estériles historiográficamente.

Por ello no han sido vanas ni han sido construídas sobre arena mis *Fuentes* y mi *Ajbār Ma'ymū'a* como *sañudamente* afirmó Lévi-Provençal, sin mover un dedo para intentar probarlo. Estoy seguro de morirme sin que nadie eche por tierra las novedades historiográficas que logré sacar a luz en las dos obras mencionadas: la redacción en Al-Ándalus durante el siglo viii de tres relatos históricos distintos; la realidad de que Ibn Hibab escribió una historia perdida muy diferente del engendro que le atribuyó Ibn Abī Riqā'; la composición de anales en Córdoba probablemente desde el siglo viii y, sin duda, desde los días de 'Abd al-Rahmān II; la importancia de algunos cronistas de la segunda mitad del siglo ix ¹⁵³ y de principios del x; la gran personalidad y la gran obra de Aḥmad al-Rāzī, historiador no sólo de la España musulmana sino de la España preislámica desde la misteriosa prehistoria; las fuentes de

¹⁵² LAMBERT, *Ha. de la gr. mosquée de Cordoue. Ann. Inst. Etud. Or. Fac. Lettres Alger*, 1936, II, p. 165.

¹⁵³ Entre esos cronistas me parece que debe incluirse al padre de Aḥmad al-Rāzī. Su nieto 'Iṣā no dice que su abuelo escribiera « El libro de las banderas » que los arabistas han solido atribuirle, pero tampoco dice nada que nos obligue a rechazar el testimonio de Ibn Muzāin de que compró tal obra, del primero de los Rasis, en una librería de Sevilla. Y no me parece fundada la suposición de García Gómez de que en el original de Ibn Muzāin se leía Aḥmad ibn Muḥammad al-Rāzī y no Muḥammad al-Rāzī, error de copia que nos forzaría a juzgar al hijo y no al padre como verdadero autor del librito.

El texto del Embajador Marroquí que reprodujo las palabras de Ibn Muzāin no autoriza la corrección propuesta por mi colega y amigo.

Estudiaré el tema en las páginas que con el título « Precisiones sobre el *Fath al-Andalus* » he de consagrar a comentar las de García Gómez citadas en la nota 42.

Al-Juṣanī y de Ibn al-Qūṭīyya; la existencia de un texto de las lecciones de este último distinto del llegado hasta hoy; la fecha en que se compiló el *Ajb̄ir Maʿmū'a*; la variedad, crédito y cronología de sus fragmentos; la pista para la reconstrucción de muchos de los pasajes perdidos del *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān concernientes al siglo VIII de la era cristiana; la data, el crédito y las matrices historiográficas del *Fath̄ al-Andalus*¹⁵⁴; las fuentes directas o indirectas del *Kāmil* de Ibn Al-At̄ir, de la *Historia Arabum* de Ximénez de Rada, del *Bayān al-Mugrib* de Ibn Id̄ārī, etc., etc.¹⁵⁵.

Repito el desafío lanzado arriba a que se intente por quien pueda la crítica detenida de mis conclusiones sobre la historiografía hispano-musulmana del siglo VIII. Cuando Jālid, secretario de Yūsuf al-Fihri, vió que Abū 'Utman 'Ubaid Allāh, cliente del futuro 'Abd al-Raḥmān I, recién llegado a España, se disponía a contestar la carta del Emir para el « Príncipe emigrante », que Jālid mismo había redactado, no pudo contenerse y exclamó: « Los sobacos van a sudarte, ¡oh Abū 'Utmān! antes de responder a una carta como ésa ». Yo me atrevo a exclamar otro tanto frente a quien quiera que desee destruir mis páginas sobre las fuentes de la historia hispano-musulmana mientras nuevos hallazgos no las invaliden¹⁵⁶.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ.

Buenos Aires, Marzo de 1957.

¹⁵⁴ En el estudio a que aludo en la nota anterior que aparecerá en estos *Cuadernos* defenderé mi teoría, sobre las fuentes del *Fath̄ al-Andalus*. Contra García Gómez creo que su autor conoció a Ibn Mufarraḡ y quizás a Ibn Ḥabib, que siguió a Aḥmad al-Rāzī y no a su hijo 'Īṣa, tercer de los Rasis, y que no se limitó a copiar a Ibn Ḥayyān.

¹⁵⁵ Véanse registrados en mis *Fuentes ha. hisp. mus.*, pp. 58, 61, 138, 141...

¹⁵⁶ Todas las obras de historia envejecen más o menos de prisa. También ha envejecido la aquí defendida de la orgullosa excomuni6n mayor de Lévi-Provençal. Han envejecido precisamente mis citas de las páginas de mi sañudo crítico basadas en la Cr6nica de los reinados de Al-Ḥakam I y 'Abd al-Raḥmān II, descubierta por él en la mezquita del Qarawiyin de Fez. Cuando yo escribí mi libro, Lévi-Provençal la tenía por obra an6nima. La ha atribuido luego a Ibn Ḥayyān. Mis lectores deben por tanto realizar el mismo trueque para tener por derivados del *Muqtabis* los pasajes que yo cito como procedentes de la Compilaci6n antaño juzgada de autor desconocido.

II

LAS CAÑAS SE HAN TORNADO LANZAS

Cuando hace cinco años, en estos *Cuadernos de Historia de España* consagré detenida atención a analizar la obra de Castro invitándole a rectificarla al editarla de nuevo, declaré que no acometía tal análisis sin tristeza, porque todo juicio adverso hiere. Rogué que no se atribuyese a mala intención sino a torpeza si contra mi voluntad caía en alguna aspereza de expresión. Y añadí: « No me he aventurado a escribir estas páginas con ánimo hostil ... Deseo vivamente « que las cañas no se tornen lanzas » y he de esforzarme por lograrlo ». Con el mismo espíritu me adentré en la detenida exégesis de *España en su historia* en mi *España, un enigma histórico*. Cuantos me hayan leído habrán podido comprobar que he disentido de mi antiguo amigo y compañero con plena cortesía. Nadie podrá reprocharme agravios o dicerios. Y todos habrán podido advertir cuán entreverados de elogios se hallan mis críticas. No he logrado, sin embargo, mi propósito de evitar que se acerara la discusión. Lejos de apreciar la magnitud del homenaje que he rendido a su obra al escribir largas páginas para discutir sus conclusiones, Castro ha perdido la serenidad. Contra mi gusto ha trocado las cañas en lanzas y hasta ha envenenado su filo en el librito que acaba de publicar injuriándome. Torpe actitud: las injurias polémicas descubren siempre carencia de argumentos y la íntima inseguridad de quien las usa.

Castro declara una y otra vez que le he hecho víctima de repetidas agresiones. Tiene por tales mis reparos a su libro. Esperaba, sin duda, que presidiera un angélico coro de alabanzas. No intento justificar mi derecho al comentario adverso. Pero me interesa dejar bien aclarada mi actitud.

Juzgué mi deber enfrentar las tesis de *España en su historia* porque eran tan brillantes como erróneas. En 1945 me escribía el mismo Castro refiriéndose a Menéndez Pidal, en carta que conservo: « Tengo que discrepar de él en lo que ha escrito ... Lo lamento pero con la verdad no caben compromisos ». Yo pensé otro tanto frente a su propia obra.

Durante los largos años que llevo consagrado a la investigación histórica me he visto forzado muchas veces a acometer la disección de ajenas

teorías. Para no recordar sino los más importantes de mis enfrentamientos críticos citaré mis detenidos análisis: de la exposición de Ernesto Mayer sobre las behetrías, de la tesis de Brunner acerca del origen del feudalismo, de las novedades de Dozy acerca de la caída de la monarquía visigoda, de muchas páginas de Barrau-Dihigo acerca de la historia asturiana, de no pocas de fray Justo Pérez de Úrbel sobre Castilla y Navarra, de algunas de Lévi-Provençal sobre la España Musulmana, de las recientes de Melvinger sobre la presencia de los normandos en la Península durante el siglo VIII. He disentido además de maestros, por mí tan respetados como Hinojosa, Ribera, Menéndez Pidal, Gómez-Moreno; y de muy queridos colegas españoles y extranjeros: Torres López, Bosch-Gimpera, Merêa, de Sousa Soares, Verlinden, etc., etc, y he disentido de todos discutiendo sus alegatos y puntos de vista despacio y *nominatim*. ¿Por qué había de detenerme ante *España en su Historia*? Siempre he combatido las exposiciones, tesis y teorías ajenas para dejar el paso franco a las mías. No he hecho nada dispar en mi *España, un enigma histórico*.

Apenas ningún estudioso había dado por buena la obra de Castro. Debíó de tenerla en cuenta Ortega y Gasset al prologar el libro de García Gómez sobre *El Collar de la Paloma* de Ibn Hazm, que desempeñaba papel decisivo en la teorética de *España en su Historia*, y el gran pensador dio a ésta por inexistente. Las concepciones históricas de Menéndez Pidal sobre el pretérito de España están en los antípodas de las de Castro y, no obstante la poca inclinación del gran maestro a la polémica, ha discutido, a las claras, algunas de las exposiciones de su discípulo y amigo. Los arabistas, que normalmente deberían haber recibido con regocijo *España en su Historia*, se enfrentaron con ella; Nykl, Lévi-Provençal y García Gómez la criticaron desde diversos puntos de vista. Entre los hebraístas, Millás y Vallicrosa impugnó alguna de sus más novedosas tesis. Romanistas como Spitzer rechazaron muchas de las páginas de Castro consagradas a problemas filológicos. Amado Alonso las cubrió de adversas notas marginales que deberían ver la luz un día. Y un joven filólogo de ilustre prosapia dice que Castro irrita a cada paso. Hispanistas muy famosos — aludo a Bataillon — no han ocultado sus discrepancias frente a problemas esenciales de *España en su Historia*. Otro tanto han hecho diversos cultores no españoles de las letras y de la historia de España, desde profesores de la Catholic University of America como Ziegler a profesores ateos, judíos, protestantes o católicos como Malkiel, Aubrun y Konetzke, entre otros. Un tan excelente conocedor de la literatura española como Dámaso Alonso, después de publicado el libro de Castro, pronunció en Buenos Aires una conferencia sobre el

Arcipreste en la que sostuvo una teoría diametralmente opuesta a la de *España en su Historia*. Numerosos historiadores y eruditos hispánicos de las más diversas especialidades y tendencias desde Antonio Tovar a fray Justo Pérez de Úrbel y a García Borron — podría citar muchísimos más porque son legión — han combatido muchas afirmaciones de Castro. Han discutido muy importantes teorías del mismo críticos tan agudos como Laín Entralgo y Guillermo de Torre. El gran historiador catalán Vicens Vives al dar noticia de la segunda edición de la obra de Castro — aparecida bajo el título de *La realidad histórica y los españoles* — ha dicho que debía leerse teniendo en cuenta las críticas detenidas que hice a la primera en los *Cuadernos de Historia de España*, lo que implica una descalificación total de aquélla. Y hasta los más benévolos comentaristas de Castro al elogiarle dejan escapar entre líneas, o a las claras, su disenso — léase a Gaos, por ejemplo ¹.

Ante ese coro general de voces adversas de estudiosos de las más diversas especialidades y criterios y de las más variadas patrias, credos e ideas políticas, otro habría vacilado. Habría sospechado que existían claros importantes en su conocimiento de la historia de España o en sus mismas concepciones historiográficas sobre el pretérito español o que se había dejado ganar por la pasión hacia sus teorías y había ido demasiado lejos al formularlas. Américo Castro no vaciló. Le habíamos criticado por animosidad y por torpeza mental. Todos sus contradictores errábamos a porfía. Incluso, naturalmente, Bataillon y Menéndez Pidal a quienes intentó replicar sin éxito ².

¹ Con una mezcla de ingenuidad y de orgullo, Castro ha silenciado, salvo excepciones, los nombres de sus críticos al intentar replicarlos, sin duda para que sus lectores no se dieran cuenta de la valía de sus contradictores o para mostrar su desprecio por ellos. Yo he sido primero « un cierto historiador » y luego el señor S. A. ¡ A qué barrancos de pueril soberbia se ha dejado caer en vano ! En vano porque el lector erudito puede poner nombres detrás de cada alusión y es ese lector el que cuenta en tales casos.

Muchas de esas críticas adversas han sido además ocultadas por Castro en Estados Unidos, a juzgar por el silencio que guardan sobre ellas sus discípulos al reseñar en su « Bibliografía » muchos de los comentarios adversos que mereció *España en su historia* (V. AMÉRICO CASTRO, *Semblanzas y estudios españoles*, Princeton, 1956, p. XLIX).

² Castro naturalmente se cree vencedor en la doble polémica porque ante la inanidad de sus alegatos — muchas palabras y pobres argumentos — ninguno de los maestros, Menéndez Pidal y Bataillon, juzgaron necesaria la contra-réplica y, según me consta, voluntariamente renunciaron a ella. Véanse : la crítica de Bataillon en *Bulletin Hispanique*, LII, 1950, pp. 5-26 y la respuesta de Castro en el mismo *Bull. Hisp.*, LIII, 1951, pp. 5-12. Y la nota de Menéndez Pidal en *Estudios Segovianos*, II, pp. 22-23 y a réplica de Castro en *Filología Románica*, 1954, 4, pp. 1-11.

Pero el curioso lector y hasta el lector culto que naturalmente no conoce — sobre todo fuera de España — los entreveros de la historia española y al que no podían llegar íntegramente las críticas a la obra de Castro — las más, dispersas en revistas eruditas — seguía recibiendo como verdades las teorías erróneas y desmesuradas de *España en su historia*. Por eso, un día, dije: «Basta». Y me decidí a emplear largas jornadas en mostrar a todos lo infundado de la construcción historiográfica de Castro, enfrentándola a las claras al trazar la mía propia.

Castro me enrostra ese enfrentamiento ³ y dice que debí construir mi obra al margen de la suya, ignorándola y sin discutirla a cada paso. Eso habría liberado a mi *España, una enigma histórico* del peso muerto de muchas páginas destinadas a comprobar los yerros y desbordes imaginativos de *España en su historia*. Pero si hubiere hecho tal, habría quedado en pie la teórica histórica de Castro, pues muy pocos lectores — ni siquiera todos los historiadores profesionales — habrían podido juzgar de la debilidad y del error de muchas de las tesis que la integran.

Enfrenté y discutí su obra pero no con estúpido orgullo ni con violencia descortés; nunca acudí al sarcasmo ni a la injuria. Me he movido como un puro hombre de ciencia y como cualquier español de buena crianza. Nada distinto había hecho al discutir las muchas teorías ajenas que he debido enfrentar a lo largo de mi vida. Y nada distinto han hecho y hacen cada día docenas de estudiosos de todos los países del mundo ⁴.

No me ha sorprendido, sin embargo, la reacción de Castro. La absoluta imposibilidad en que se halla de levantar el peso de mis críticas a su interpretación de la historia española me hacía prever una salida tangencial; unas páginas donde, eludiendo la cuestión de fondo, procurase mediante algunos juegos dialécticos dar una apariencia de respuesta a mis análisis ceñidos de sus teorías. Y conociéndole estaba seguro

³ Castro se atreve a decir más. Declara — en serio — que al emprender mi trabajo histórico debí hacerme cargo del pensamiento que inspira su concepción de la historia de España y familiarizarme con sus conocimientos. Es decir me reprocha no haberme dejado colonizar por sus ideas. Es difícil manchar el papel con una más orgullosa pretensión.

⁴ Irritaron sin embargo a Castro de tal modo el silencio desdeñoso de Ortega y las críticas de Menéndez Pidal, que en la segunda edición de su obra, aparecida con el título de *La realidad histórica de España* (p. 18), suprimió todo un párrafo para no reproducir los elogios que había hecho de ambos en la edición primera: «R. Menéndez Pidal, historiador y lingüista de primer rango en el mundo de hoy; J. Ortega y Gasset, escritor y filósofo que ha hecho variar el rumbo del pensamiento de toda la «gens hispana». ¿Cómo no habían de provocarle cólera las páginas de mi *España, una enigma histórico*?

de que en esos juegos dialécticos iban a aflorar el desprecio y los dictorios. Comprendo su actitud. El ver hundirse en las sombras por obra de mi larga y detenida exégesis un libro que había creído destinado a constituirse en clave perdurable de la historia española ha tenido que producirle gran desasosiego. No habría sufrido tan violento contraste ⁵ si, menos imaginativo y pasional, hubiese puesto freno a sus fantasías y si, más humilde y más científico, hubiera partido de la certidumbre de que toda obra histórica está llamada a caducidad inexorable y de que lo están más todavía las interpretaciones de la historia hispana. Las enormes proporciones de lo ya sabido sobre ella y el ritmo vertiginoso de la investigación de sus problemas hacen fáciles las fallas de información. Y lo enigmático y desconcertante de nuestro pasado y la inmensidad de lo que ignoramos todavía de muchas cuestiones importantes, y a veces decisivas, de su largo proceso, restan firmeza a cualquier esfuerzo interpretativo del mismo.

Castro ha vivido además toda su vida muy alejado del estudio y aun del mero conocimiento de la histórica política, social, económica, institucional, eclesiástica ... de nuestra patria, facetas del pasado nacional que influyeron decisivamente en la forja de lo hispano. Ha permanecido más alejado aún de la historia de nuestra antigüedad y de nuestro temprano medioevo, épocas en que precisamente cristaliza nuestra estructura funcional. Y por lo peculiar de sus trabajos lingüísticos y literarios no ha tenido demasiadas ocasiones de emplear los singulares y rigurosos métodos científicos de la investigación histórica.

Castro ha dedicado muchas horas de su vida al comentario de las obras literarias que han llamado su atención. Admiro las exégesis ingeniosas y a veces medulares de los estudiosos de nuestra literatura. Requieren una aguda inteligencia y se prestan al centelleante cubileteo del ingenio. Descubren la sensibilidad de la generación a que sus autores pertenecen y las ideas y los problemas de la sociedad de que forman

⁵ Mis críticas le han producido tal impacto que a veces le han obnubilado el entendimiento. Para rechazar mis páginas sobre el problemático hispanismo de Séneca — páginas medidas en que he dejado abierto el problema — Castro se ha atrevido a escribir: « De Séneca no se conoce más que su obra escrita y no se sabe qué pensara cuando no estaba escribiendo ». No sé cómo es posible conocer a los pensadores de siglos lejanos sino buceando en sus escritos. No de otra manera ha osado Castro caracterizar a Ibn Házim, al Arcipreste y a cuantos autores islamitas o cristianos ha traído a capítulo en su obra. Además, o Castro tiene muy mala memoria y se contradice involuntariamente, o en su dramático intento de aplastarme olvida de propósito lo que antes había dicho. Porque es el caso que en *Dos ensayos*, p. 57, escribe de Séneca « se conoce bastante bien su pensamiento hoy sin misterios ni complicaciones ».

parte, y brindan datos importantes para trazar la historia de dos épocas : de la época del escritor comentado y de la época del comentarista. No creo sin embargo ofender a tales exégetas si declaro que su tarea les expone a graves riesgos. Intentan descubrir el trasfondo del autor analizado, mas en ese asalto al cercado ajeno dejan fácilmente prendidos en el seto que le encierra girones de su propia personalidad, y a veces llegan incluso a recrear la obra examinada. Su empresa se presta al juego libre de la fantasía y al desborde placentero de la imaginación, a poco que la proclividad de su temperamento les incline a ello. Y a veces pueden llegar a creer que « todo el monte es orégano », que pueden saltar sin peligro de lo pintado a lo vivo, y que pueden lanzarse a velas desplegadas por los procelosos mares de la interpretación histórica sin el previo y paciente esfuerzo de una investigación cautelosa y exhaustiva y con desprecio del estricto tratamiento metodológico que la Historia requiere. Ese ha sido el pecado de Castro.

Debemos a muchos exegetas de problemas literarios páginas agudas, sutiles, sagaces, penetrantes, profundas. Los más inteligentes y discretos han sabido obviar los riesgos señalados. Castro ha fracasado donde otros triunfaron. Le han perdido su exuberante personalidad y su ciega fe en sí mismo. Castro estaba habituado a aventurar muy subjetivos comentarios de las obras que le había venido en gana examinar. Esos comentarios eran perfectamente lícitos. Nadie podía exigirle rigor de exactitud y no podían contradecirle los « clásicos » por él comentados. Si hubiese seguido su camino todos le deberíamos gratitud, incluso los autores cuyas creaciones literarias él recreaba a su placer. Habríamos continuado presenciando sus cambios de postura y de opinión, como resultado de su mejor conocimiento de cada problema o de sus propias mutaciones pasionales. Pero sin alarmarnos. Porque ése era su derecho y porque ningún daño hacía a la historia hispana ni a la formación de nuestra conciencia nacional.

Pero de pronto Castro se dejó seducir por los cantos de sirena que creía escuchar desde el lejano ayer y cayó en la tentación de aplicar a la historia sus habituales métodos subjetivos de interpretación y de exégesis. Se aventuró a descubrir la entraña de nuestra historia, me duele decirlo porque no quiero seguirle por el camino de las injurias, desconociéndola y sin cuidarse de estudiarla y, lo que no es menos grave, despreciando las exigencias mínimas de la metodología histórica.

En vano le previne amistosamente, antes de la aparición de *España en su historia*, del primer grave error que luego contradije, captado

casualmente al leer, por azar, algunas pruebas de su libro ⁶. En vano le señalé luego con medida las fallas generales de su obra en los *Cuadernos de Historia de España* ⁷. En vano le he recordado cómo una y otra vez la realidad histórica contradice su tesis. En vano están ahí multitud de sucesos históricos anteriores a la invasión árabe y posteriores a ella alzándose con violencia contra sus teorías. Cierra los ojos ante ellos, desdeña mis observaciones y alegatos y continúa aplicando al estudio de la historia su habitual método de trabajo en que la fantasía y la imaginación aliadas se lanzan a galope por los campos del libre y subjetivo comentario.

* * *

No podemos entendernos. Difieren esencialmente nuestras concepciones historiográficas. No puedo suscribir estas palabras de Castro: « Los pueblos se nos aparecen siempre en su historia como algo dado y concluso, como pájaros que al iniciar su vuelo dejan atrás nido y ascendencia ». No; los pueblos han llegado a ser como son tras un proceso más o menos lento, más o menos rápido pero continuo. Jamás un pueblo ha permanecido estático; jamás ha llegado a ser algo concluso. Después de haber cristalizado como unidad histórica ha seguido cambiando, con mayor lentitud o rapidez pero sin interrupción. Y el historiador debe intentar captar ese proceso que viene de muy lejos, que ha llevado a la lenta diferenciación de cada comunidad humana, que se ha prolongado ininterrumpidamente hasta nuestro tiempo, que continúa delante de nosotros y que proseguirá más allá de nuestros días. Tampoco puedo asentir a estas otras afirmaciones de Castro: « He señalado en el mapa de la historia las direcciones que aquel pueblo [el español] ha decidido o preferido seguir. ¿ Habría podido seguir otras? Ni lo sé, ni me interesa divagar sobre ello ». Todo historiador digno de tal nombre sabe que el pasado de cualquier pueblo ha podido ser de otra manera de como ha sido y si nunca se lanza a divagar sobre cómo pudo ser — Castro ha empleado todo su libro en divagar sobre cómo fue el de España, puesto que no lo ha estudiado científicamente — tiene el deber de examinar cómo y porqué ha ido siguiendo la ruta que ha seguido. Castro desconoce la misión múltiple y compleja del historiador auténtico. Yo no la ignoro y no me he apartado de ella.

⁶ Véase mi estudio: *¿ De los Banū al-Ajmās a los fijosdalgo? Cuadernos de Historia de España*, 1951, XVI, p. 130 y ss.

⁷ Aludo a mi estudio: *Ante « España en su historia », Cuadernos de Historia de España*, 1953, XIX, p. 129 y ss.

No podemos entendernos. Castro cree que una vez constituida lo que impropiaamente denomina morada vital de un pueblo ⁸, hasta que una catástrofe no llegue a destruirla, toda la vida histórica de la comunidad está condicionada por ella. De ser exacta esa extraña teoría, el historiador debería limitarse a investigar como fue la que más merecería ser llamada cárcel que morada, puesto que impediría el libre juego de las fuerzas que van haciendo y rehaciendo la historia de cada grupo humano. Mientras no se produzca la catástrofe que llegue a romper los hierros de nuestra « prisión vital », los españoles estaríamos condenados inexorablemente a reaccionar siempre de igual modo, a revivir nuestro ayer en un continuo « ritornello ». Frente a ese cruel determinismo tengo por cierto, no sólo que el curso de la historia pende de un complejo entrecruce de factores, sino que es forzoso incluir entre ellos lo contingente ⁹ junto a las proyecciones de la estructura funcional o contextura vital de cada pueblo, y que ésta puede a su vez afirmarse o variar siglo tras siglo o generación tras generación, como resultado del nunca interrumpido golpear del azar y de las individualidades de excepción sobre el yunque de la herencia temperamental de la comunidad.

La concepción determinista de Castro explica su negativa a creer en la posible mudanza de los rasgos esenciales de la pura españolía en ningún momento de los siglos que van desde la España goda hasta la nuestra, y descubren las causas de su fe — no es posible calificarla de otro modo — en la imposibilidad de que hubiéramos tenido una filosofía, una ciencia, una técnica, una economía burguesa, etc. Con los historiadores auténti-

⁸ He dicho impropiaamente, porque el concepto morada vital implica algo exterior al hombre o al pueblo que la habita y la potencia vital que ha podido influir en el curso de la historia — mejor sería decir que ha influido decisivamente en la vida histórica — ha residido en lo íntimo, en la entraña, en lo radical de cada hombre o de cada pueblo. El símil « morada vital » hace pensar, además, en el habitáculo natural en que ha transcurrido la vida de una comunidad humana y es peligroso, al meditar sobre la historia, emplear términos ambiguos que puedan inducir a error. En este caso, a una confusión que Castro lamentaría tanto más cuanto niega toda acción a la auténtica morada vital de los pueblos en el curso de su ayer.

⁹ Quien conozca bien la historia de España — como veremos en seguida no es ese el caso de Castro — sabe muy bien cuantas veces, desde la prehistoria hasta hoy, sucesos extrapeninsulares para los hispanos incoercibles, españoles cuya ecuación psíquica y vital escapaba a la voluntad de sus connacionales y a la par decidía de sus destinos y también enfermedades, muertes, herencias, golpes audaces, hallazgos inesperados, crisis imprevisibles... es decir, contingencias ajenas a nuestra herencia temperamental, han impreso rumbos a nuestra vida histórica y han afirmado o mudado nuestra estructura funcional.

cos yo no puedo aceptar ni aquella negativa ni esta fe. Con ellos tengo por seguro que España, como cualquier otro pueblo del mundo, ha podido y puede cambiar el rumbo de su vida dentro de los amplios límites que su pasado le ha brindado y le brinda y de los no menos abiertos que la coyuntura supranacional le ha ofrecido y le ofrece cada hora. Y como, con tales historiadores, no puedo admitir la perdurabilidad *per se* de la *forma mentis*, de las reacciones psíquicas y vitales, del *modus operandi*, en suma, de la estructura funcional de ningún pueblo, no puedo resignarme a inquirir cómo fue nuestra « cárcel vital », y me juzgo obligado a ir mucho más lejos que Castro en mis investigaciones. Me creo forzado a estudiar porqué perduró o se mudó nuestra herencia temperamental, porque hemos ido siendo, hemos ido pensando, hemos ido haciendo, lo que hemos sido, lo que hemos pensado y lo que hemos hecho en el lento o rápido correr de nuestra historia. Y porqué se ha afirmado o trocado *per accidens* — en el pasado de ningún pueblo de Occidente lo contingente ha tenido acción más decisiva que en el nuestro — y puede afirmarse o cambiar mañana, la contextura vital hispana.

No podemos entendernos. No sólo tenemos ideas diferentes acerca de la Historia; poseemos dos concepciones muy distintas acerca de la creación histórica. Mi antiguo colega madrileño alumbra en su mente una tesis cualquiera, o recoge la tesis de otro ensayista — puedo seguir la pista genealógica de algunas de sus más caras teorías¹⁰ —, no duda sobre

¹⁰ Dos ejemplos: En sus *Meditaciones del Quijote*, Ortega y Gasset, entonces en plena e iconoclasta juventud, hablando de Goya, definió la cultura española como « la cultura salvaje, la cultura sin ayer, sin progresión, sin seguridad » y añadió « los productos mejores de nuestra cultura contienen un equívoco, una peculiar inseguridad » (Meditación Preliminar II).

Muchos años después García Morente, ya sacerdote católico, escribió « lo típico del hombre hispánico es, por decirlo así, su modo singular de vivir, que consiste en « vivir no viviendo » o dicho de otro modo en « vivir desviviéndose », en vivir la vida como si no fuera vida temporal, sino eternidad ». Y desarrolla despacio su idea cristiana de que la vida para el español es una antesala de la gloria (*Ideas para una filosofía de la historia de España*, Madrid, 1943, p. 100 y ss.).

No me interesa aquí discutir la validez de tales pensamientos; a la luz de la historia de España se muestran inexactos y por ello no puedo suscribirlos. Pero no importan ahora su rigor o su irrealidad históricos. Castro se dejó deslumbrar por las frases en que Ortega y Morente los habían acuñado; deformó y transformó las ideas de uno y de otro al concebir las suyas tan distintas y callando, eso sí, los gérmenes literarios de donde derivaban sus teorías, convirtió a éstas en piedras liminares de *España en su historia*, y se arrojó a la empresa de buscar apoyatura testimonial para las mismas. En esa aventurada cacería se ha atrevido incluso a presentar como prueba del hispano vivir desviviéndose la penuria fiscal del César Carlos V. He dicho en mi libro:

la verdad de la idea concebida, no intenta comprobar su exactitud o su inanidad mediante su contraste escrupuloso con los textos disponibles. Se dedica a buscar pruebas en apoyo de su tesis ¹¹, desprecia luego, claro

Españoles ante la historia lo que pienso de tal alegato. Sirve al menos para que el lector pueda juzgar del proceso degenerativo que han sufrido en manos de Castro los pensamientos primitivos, de Ortega y de Morente.

“ Puede servir de ejemplo de ese sistema de trabajo su enfrentamiento con *El Lazarillo*. Un día se le ocurre la idea de que su autor debía ser un converso y, sin ponerla en cuarentena hasta poder comprobar o rechazar su exactitud, se aventura a darla por buena sin otra apoyatura que el anonimato de la obra y el supuesto tono sombrío de la misma. Bataillon (*La vie de Lazarillo de Tormes*, París, 1958. Introduction, p. 13 y ss.) ha negado la validez de los dos alegatos de Castro. Pero ni a éste podía ocultarse la gran debilidad de los mismos; es evidente que el autor no descubre virulencia ni amargura y la ocultación, por él, de su paternidad puede explicarse fácilmente sin atribuirle a un inverosímil complejo de hebraísmo.

Sin embargo Castro no retrocedió en su aventura. En el inicio del Tratado Tercero: « De cómo Lázaro se asentó con un escudero », el muchacho a quien las gentes incitan a buscar un amo, se pregunta a sí mismo « ¿ Y a dónde se hallará ése... si Dios agora de nuevo, como crió el mundo, no lo criara ». Castro se ase a tal frase como a tabla de salvación. Había encontrado en algún converso del siglo xv la expresión « hacer de nuevo » aplicada a Dios. Naturalmente el « de nuevo » podía ser pura redundancia para acentuar la idea misma de la creación « ex nihilo ». Con razón ha negado por ello Bataillon a la frase la significación que Castro le atribuye. El autor del *Lazarillo* no reproduce, además, las palabras que Castro convierte en marca de fábrica del pensamiento hebraico sino una expresión todavía más inocua. Y el mismo Castro no parece haberlas tenido por prueba suficiente de su teoría, puesto que ha emprendido una jadeante cacería de nuevos indicios y argumentos para apuntalarla.

Debió realizar tal indagación antes de haber publicado su idea y de haber luego insitado sobre ella; eso habría hecho a lo menos cualquier auténtico historiador. Un historiador habría hecho algo más; habría renunciado a la defensa de la tesis al comprobar lo misérrimo de las piezas cobradas en la difícil montería. Castro hizo algo distinto; acumuló una serie de argumentos inoperantes — una serie de críticas anticlericales y de frases vanales e inocuas — y se atrevió a deformar la realidad: Lázaro acompaña al escudero a la catedral y le ve oír misa. El autor no dice que Lázaro la oyese — no tenía porque decirlo, claro está —; he ahí una prueba, arguye Castro, de que era un converso! Lázaro declara estar dispuesto a jurar por la hostia consagrada que su esposa — amiga del arcipreste — era tan buena mujer como otras que vivían en Toledo; Castro concluye, el autor era un marrano. El escudero amo de Lázaro, viva encarnación del orgullo hidalgo, descubre a su criado su ambición de servir a un grande y los métodos que emplearía para medrar junto a él; y sin vacilar, Castro declara hebraicos tal ambición y tales métodos, olvidando que llevaban siglos los nobles de baja fortuna sirviendo a ricos y poderosos señores y medrando a su amparo por los caminos que el amo de Lázaro describía a este. Pero ¿ por qué quebrar el posible aunque remoto y dudoso valor de alguna observación más defendible con la acumulación de docenas de inocuos y absurdos alegatos? Más crédito habría logrado, renunciando a la escoria de diez argumentos inanes para preguntar científicamente « ¿ Sería un

está, cuantos hechos históricos le salen al camino en oposición a la fantástica concepción elucubrada¹² y sin reparo alguno salta sobre las décadas o sobre los siglos con evidente desconocimiento y áspero desdén del inexorable correr del tiempo¹³.

He dicho más de una vez que la imaginación es tan indispensable al historiador como el saber; pero a condición de saber renunciar a los frutos de la imaginación, cualquiera que sea su seducción o su origina-

converso el autor del *Lazarillo*? No cita a la Virgen». Cabría replicarle: ese silencio no es bastante testimonio, no tenía porque mencionarla; escritores sin gota de sangre hebrea no la citaron tampoco; nunca aparece mencionada, por ejemplo, en la « Crónica de la población de Avila ». Pero su prudencia dubitativa merecería el respeto de todos. Su postura pasional y dogmática, en pugna con el rigor metodológico de la historia, no puede en cambio contribuir a acrecentar su autoridad.

El lector podrá encontrar los argumentos cuyo análisis apunto, en el prólogo del libro de CASTRO, *Hacia Cervantes*, Madrid, 1957, exacta reproducción — no comprendo este publicar con otro título el mismo libro antes de agotarse — de la colección de ensayos *Semblanzas y estudios españoles*, Princeton, 1956, con que le obsequiaron sus discípulos. Comparando ese prólogo con el de Bataillon antes citado se advertirá, además, cuantos hechos importantes ha dejado Castro de propósito a la vera del camino en su intento de probar su tesis.

¹² Es fácil comprobar ese rechazo de los hechos que se alzan contra sus teorías. Suyas con estas palabras « Ya aparece entonces [a fines del siglo VII], el tipo del eclesiástico de ascendencia hebrea y animado de odio contra su raza: San Julián, arzobispo de Toledo (Katz, p. 17). Lo mismo acontecerá luego al instaurarse la Inquisición a fines del XV » (*La realidad histórica de España*, p. 224, na. 37). Debió decir después de las matanzas de 1391. Pero es igual. Esa analogía contradice a las claras la oposición que intenta establecer entre lo hispano-godo y lo hispano-postislámico; pero de propósito la olvida en el momento oportuno, para no hacer tambalear su tesis.

¹³ Una de las más graves fallas de la obra de Castro es ese desconocimiento o desdén del inexorable correr del tiempo. Señalaré luego dos increíbles pruebas de ese desprecio. Pueden alegarse docenas de casos en que emplea testimonios dos y tres siglos posteriores a los hechos que intenta demostrar. No vacila, por ejemplo, en citar pasajes del *Muqtabis* de Ibn H̄ayyān, de avanzado el siglo XI, y aún de la *Crónica General*, de fines del XIII, para discurrir sobre los orígenes del culto de Santiago a principios del VIII. Acude al Poema del Cid, de mediados del siglo XII, para acreditar el estilo señorial de vida de los castellanos que puede atestigüarse con textos legales del X. Se atreve a citar a Quevedo, a propósito del mirar fuera de España de los peninsulares, desde la prehistoria. Quien quiera que lea *España en su historia* se sorprenderá además del continuo desordenado zigzagüeo de unos temas a otros temas, en un continuo saltar sobre los siglos. No vacila Castro, por ejemplo, en pasar de un párrafo del *Memoriale Sanctorum* de San Eulogio (851) a un texto de Ximenez de Rada (muerto 1247), de un pasaje poético de éste a *Fuenteovejuna* de Lope de Vega (siglo XVII), de las *Partidas* (siglo XIII) a las *Epístolas* de Guevara (siglo XVI), de unas palabras de Ibn H̄azm (siglo XI) a una carta de Hurtado de Mendoza (siglo XVI), de documentos de Alfonso IX (1228) a otros de Isabel la Católica (1482)...

lidad, si los hechos históricos los enfrentan o los contradicen. Yo no salto sobre ellos, ni desdeño la cronología que está en la base de toda creación histórica. Yo no soy sino un estudioso — iba a escribir modestísimo pero la falsa humildad es pecado no menos feo que la soberbia — no soy sino un estudioso que ha procurado siempre unir la audacia a la prudencia y que lleva más de cuatro décadas consagrado íntegramente al estudio de la historia española. Un historiador profesional que sabe su oficio, que por ello no se dejó deslumbrar por el brillo del gran ensayo — *España en su historia* no es otra cosa que un ensayo con algunas onzas de envidia histórica — de Américo Castro y que juzgó deber de conciencia salir al paso de su desmesura.

No podemos entendernos. Muy a menudo Castro se atreve a alzar muy importantes teorías sobre el angosto y tambaleante cimiento de un testimonio único — he señalado en otro estudio que a veces ese testimonio puede incluso ser una frase ambigua o vanal — nunca lleva a cabo una exhaustiva inquisición, huye de las investigaciones complejas y enmarañadas y trata de disimular o de camuflar esa serie de fallas metodológicas con el ingenioso, aunque no siempre claro y en ocasiones maquiavélico, discurrir y con el primoroso, aunque con frecuencia retórico o barroco, redactar ¹⁴. Yo no desdeño la frase luminosa, profunda o incisiva de un cronista, de un poeta o de un pensador, pero jamás me sirve sino de inicio o de coronación de una búsqueda ceñida y lenta — siempre me han atraído las investigaciones difíciles que solían detener a los más ¹⁵ — y nunca he procurado ocultar tras el brillo del discurso ni de disimular tras la belleza de la forma la insuficiencia de mis testimonios o lo inconcluso de mis inquisiciones. Castro intenta deslumbrar y seducir: yo aspiro a convencer y a adoctrinar.

No podemos entendernos. Castro dogmatiza, yo analizo. Mientras yo he ido señalando con frecuencia las deficiencias actuales de nuestro conocimiento del pasado de España y he invitado a los estudiosos a subsanarlas mediante nuevas investigaciones y trabajos, Castro no ha

¹⁴ El lector de mi *España, un enigma histórico* puede fácilmente poner numerosos ejemplos detrás de cada una de estas acusaciones. Quien lea mi respuesta a su teoría sobre el origen dioscórido del culto jacobeo, comprobará cómo ha rehuído la investigación de los dos primeros siglos del mismo.

¹⁵ Quienes hayan seguido mis trabajos recordarán los muchos casos en que me he detenido a investigar temas tan difíciles como las behetrías, los gardingos, el estipendio hispano-godo, etc., y como he procurado sin prisa agotar exhaustivamente las búsquedas; mis *Estampas de la vida en León hace mil años*, son irrecusable testimonio de mis ceñidos métodos de trabajo.

vacilado. Ha dado nuestra historia por sobradamente conocida. Ni una vez ha echado de menos esta o la otra información al alzar sus construcciones teóricas sobre la historia hispana. Y nunca ha incitado a los investigadores a plantearse nuevas hipótesis de trabajo para llegar a futuras y más perfectas interpretaciones de nuestra vida histórica. Al exponer la mía he sembrado a boleo muchas dudas e interrogaciones, muchos tal vez, acaso, quizás, es posible, es probable, no sé... Las páginas de Castro están casi horras de tales interrogaciones, dudas y reservas. No se ha planteado siquiera la posibilidad de que sus afirmaciones sean problemáticas y menos aun la idea de que sean erróneas.

No podemos entendernos. Cuanto menos se domina un problema menos se siente la necesidad de profundizar en su examen. Por ello, Castro apenas ha extendido sus lecturas fuera del campo de las fuentes literarias y ha manejado especialmente las escritas en romance; yo, sin descuidar el examen de las mismas, he ampliado mis investigaciones a las fuentes narrativas, jurídicas, documentales, artísticas... y no a las posteriores a la aparición de textos redactados en lenguas vulgares sino a todas las disponibles desde la más remota antigüedad. Por ello Castro ha juzgado suficiente para conocer la forja de lo hispano el reducido número de temas abordados en su ya viejo libro — y digo abordados porque no llega a elucidarlos — y yo, no sólo he ampliado enormemente las cuestiones que considero preciso escudriñar para sorprender el enigma histórico de España; tras merodear en torno a ellas — Guillermo de Torre ha captado bien ese previo merodeo ¹⁶ — me he arrojado a su asalto bien pertrechado de escrúpulos científicos.

No podemos entendernos. Castro no ha titubeado. Después de publicar *España en su historia*, aparte de las jornadas que ha debido consagrar a apuntalarla defendiéndose de la legión de sus contradictores, en vez de procurar vivificar mediante su trabajo alguno de los muchos eriales que existen todavía en la historia española, ha dedicado diez años de su vida a redactar una serie de ensayos más o menos ingeniosos ¹⁷, a fin de

¹⁶ *La Nación*, Buenos Aires, 8 de setiembre de 1957.

¹⁷ Ha inventado en ellos voces y frases como *vividura* y *morada vital*, para rebautizar viejos conceptos. Ha discurrido sobre temas al cabo nada novedosos como las diferencias entre el *ser* y el *valer* y entre *historiar* y *valorar*. Ha llegado a conclusiones, que nadie puede discutir pero que nadie discutía, sobre la determinación del área de los intereses y de las observaciones de la vida de los pueblos por las preferencias e inhibiciones de los historiadores. Ha marcado ingenuas, y a la par muy discutibles jerarquías en la labor historiográfica-descripción, narración, historiografía. Y ha forjado otras teorías metodológicas que he combatido en otra parte. Siempre se leen con pla-

mostrar a los historiadores cómo se debe escribir la historia y a darnos palmetazos. Triunfó en él otra vez el ensayista frente al historiador. Su tarea era infinitamente más fácil y brillante que la áspera y oscura investigación de un problema histórico ignorado. Pero había mucho más en la base de su actitud. Como el místico oriental Al-Hallach en su día, Castro ha pensado ahora que él era la verdad y se ha dignado hacernos partícipes de ella. Como sé cuanto ignoramos aún de nuestro pretérito, apenas terminada mi aventura y publicada mi *España, un enigma histórico*, he continuado colaborando humildemente en la tarea colectiva de desentrañar nuevas parcelas de la realidad de nuestro pasado, para preparar nuevos acercamientos a la verdad de nuestra historia que permitan más exactas interpretaciones del ser y de la vida histórica de España que la de Castro y que la mía.

* * *

Alarmado y con razón, por la idea que la lectura de mi obra pueda hacer formar de la suya — con razón porque mis alegatos han sido declaradas incontrovertibles por los historiadores profesionales¹⁸ — Américo Castro ha escrito: « Puede acontecer que algunos lectores de buena fe impresionados por el tono usado por el señor S[ánchez]-A[lborno], crean que yo he pasado largos años vertiendo desatinos sobre el papel... ». Lo que ha impresionado a mis lectores contra Castro no ha sido el tono de mi libro sino la abrumadora serie de hechos históricos por él ignorados y por mí traídos a capítulo y la larga serie de ideas por él no concebidas y por mí discurredas y alegadas; la muchedumbre de ideas y de hechos que han venido a destruir no sólo esta o aquella de sus tesis, sino su teoría general de la Historia de España. Sin embargo, naturalmente se equivocarían quienes pensasen que Castro ha pasado años y años de su vida escribiendo desatinos. Durante muchos años, Castro ha ido vertiendo sobre el papel junto a verdades que nadie discutía — eso sí, disfrazadas de novedades y a veces deformadas — muchas peregrinas fantasías y muchos errores, con frecuencia graves. Fueron ese lanzar, impávido, de

cer estos ensayos. Pero no añadirán nada al crédito de Castro como estudioso y como escritor. El problema de la historia seguirá tan erizado de dificultades y tan perturbado por las modas y los subjetivismos como antes. Y quede dicho, de paso, que nadie hasta ahora ha aceptado las teorías historiográficas y metodológicas de Castro.

¹⁸ No sería elegante recoger los juicios decisivos vertidos en condenación de la obra de Castro, al parangonarla con la mía, por Valdeavellano, Vicens Vives, Bosch Gimpera, Soldevila, Palacios Atard, Sáez, etc.

errores y fantasías como si fueran realidades; el frecuente bastardeamiento de la verdad; sus saltos de acróbata por cima de los siglos para trazar a capricho quiméricos engarces genéticos entre las más dispares ideas, procesos mentales y temas o personajes literarios; la inexplicable pobreza de sus conocimientos sobre cuestiones esenciales de nuestro pretérito y sus inescrupulosas mutilaciones o falsas interpretaciones de los textos¹⁹; fueron todas esas audacias incompatibles con los deberes estrictos de los historiadores, las que primero me produjeron estupor, luego irritación y cólera a la postre.

Porque son mayoría las páginas de *España en su historia* que no resisten a un análisis ceñido y que se hallan de acuerdo con la realidad histórica española. He contradicho muchas. Acaso haya parecido cruel ese martilleo a algún lector poco conocedor de nuestro pasado. La verdad es que he sido benévolo. Podría escribir numerosas monografías para demostrar la inanidad de las tesis que he rechazado y las escribiré si Castro me fuerza a ello. En los *Cuadernos de Historia de España* voy a publicar mi réplica — ya está en la imprenta — a su intento de defender su «peregrina» teoría — no quiero emplear otro calificativo para apartarme de su poco elegante manera de expresarse — sobre el origen dioscórico del culto de Santiago²⁰. Los estudiosos juzgarán mañana de la exactitud de

¹⁹ En mi *España, un enigma histórico*, he señalado muchos de esos bastardeamientos, saltos de acróbata, yerros, desbordes imaginativos, fallas de información, inescrupulosas mutilaciones o trastrueques de textos y falsas interpretaciones de fuentes diversas. Puedo ampliar a placer el número de tales «libertades», llamémoslas así. En *Santiago de España* ha permanecido fiel a ese método de trabajo. Algunos ejemplos recojo en estas páginas. Otros recogeré en mi estudio *El culto de Santiago no deriva del mito dioscórico*, *Cuadernos de Historia de España*, XXVIII. Y si Castro lo desea acumularé nuevas y nuevas pruebas de la repetición de tales juegos malabares. Es peligroso desafiarme mi paciencia y mi laboriosidad, única virtud que Castro me atribuye. Mis lectores saben hasta qué punto son legión y son graves las acusaciones ya formuladas en mi obra; sin embargo, no he descargado aún toda mi artillería.

²⁰ Ha escrito y rescrito e insistido y vuelto a insistir Castro tantas veces sobre el dioscurismo del culto de Santiago que, sin esfuerzo, podemos recoger en sus páginas un mosaico de declaraciones contradictorias. En las diversas ediciones de su obra se lee: «Histórica y humanamente pensando el dioscurismo de Santiago y el sincretismo religioso de su figura tienen el mismo valor que la Crónica de Saxo Gramatico respecto al Hamlet de Shakespeare o que la madre de Napoleón respecto de éste» (*España en su historia*, p. 133; *La realidad histórica...*, p. 158). No cabe una afirmación genética más precisa, porque Napoleón nació naturalmente de la entraña de su madre.

Ante el rechazo general de su tesis recogió velas y suprimió la frase relativa al gran corso y a su progenitora (*Dos ensayos*, p. 51). Mas escribe «la relación Santiago-Dioscuros es comparable a la de la jerarquía de la Iglesia católica-romana y la del Imperio»

estas palabras al comprobar el monto de sus fallas de información y de sus errores de método. Mas para que no suene a fanfarronería esta afirmación me creo obligado a señalar aquí dos terribles e increíbles licencias que no había hecho resaltar en mi *España, un enigma histórico*, deseoso de que las cañas no se tornaran lanzas. A fin de justificar su enlace genético entre el mito de Cástor y Pólux y la devoción jacobea — ha declarado que existe entre ellos la misma vinculación que entre la madre de Napoleón y éste — Castro ha alegado una y otra vez un pasaje de Berceo escrito mediado el siglo XIII y unas pinturas italianas de muy avanzado el siglo XIV²¹. Ningún historiador del mundo se habría atrevido a hacer otro tanto; ninguno se habría aventurado a aducir un piadoso poema riojano del siglo XIII y unas representaciones religiosas florentinas del siglo XIV, para juzgar del pensamiento de los gallegos de comienzos del siglo IX en que surgió el culto del Apóstol. Me atrevo a preguntar qué pensaría el menos riguroso crítico, de quien alegase « Los fusilamientos » de Goya para conocer a los franceses de los días de San Luis, o unos versos de Lope para descubrir la sensibilidad religiosa de los madrileños contemporáneos de San Isidro Labrador²².

de Roma » y como aquélla fue imitada de ésta, Castro deja en verdad en pie la relación de filiación entre el culto jacobeo y el mito dioscórico. Sin embargo, inseguro y vacilante, declara en seguida: « Yo no explico la creencia de Santiago mediante la de los Dioscuros »...

Pero pasan dos años, Castro olvida lo dicho en *Dos ensayos*, vuelve a ocuparse del tema y cambia de nuevo de opinión. En efecto, en *Santiago de España*, pp. 23 y 26, se lee: « En un remoto extremo de la tierra dominada por los musulmanes aparecía el cuerpo de un Apóstol con una dimensión bélica sin nada en los Evangelios que la justificase ». Y en seguida: « El Apóstol de Cristo surge provisto de un caballo blanco y de mortífera espada ». No ocurrió así, claro está, mas, al afirmarlo retóricamente Castro vincula otra vez la aparición en Compostela del culto jacobeo con el dioscurismo de Santiago, vinculación que había antes establecido ya en su paralelo: Santiago-Dioscuros = Napoleón-Madame Leticia.

Y si no temiera fatigar al lector podría seguir trayendo nuevas y nuevas pruebas de la continuidad de sus contradicciones. ¿ De qué sirven luego sus esfuerzos dialécticos, con ribetes filosóficos, para justificar su teoría? Ante tales vacilaciones, ante tales avances y retrocesos ¿ cómo no ponerse en guardia frente al revuelto mar de sus afirmaciones?

²¹ Tan convencido está del valor de tales pinturas en apoyo de su tesis que al replicar, furioso, a la arremetida del P. Ziegler, de la « Catholic University of America », le argumenta así: « Desde luego no menciona las pinturas donde Santiago aparece representado con rasgos de Cristo » (*Dos ensayos*, p. 61).

²² Recordemos que los « Fusilamientos » fueron pintados en 1808 y San Luis murió en 1270 y que Lope escribió el *Isidro* en 1599 y el Santo Patrono de Madrid vivió alrededor del 1200. Medieron por tanto entre los testimonios y los sucesos que emparejo, plazos menores que entre los por Castro vinculados.

Castro cambia además de criterio historiográfico según la tesis que trata de probar. He registrado muchas de tales mudanzas de postura; he aquí una de las más desconcertantes que sorprendí ya en *España en su historia* y que Castro continúa realizando impasible en *Santiago de España*. Cree que casi mil años después de la victoria del cristianismo en el Imperio de Roma (siglo iv) seguía de tal modo arraigada y vivaz la tradición de las legendarias bélicas intervenciones de Cástor y Pólux, que Berceo, nacido en un repliegue montañoso de la Rioja, tierra que había vivido más de doscientos años bajo el señorío musulmán, cuando al cantar los milagros de San Millán de la Cogolla se le ocurrió hacerle pelear junto a Santiago en la batalla de Simancas, se inspiró en el recuerdo siempre vivo del mito dioscórido. Y en cambio supone que los millones de españoles, durante una hora de discordia civil vencidos por un puñado de orientales y por unos pocos berberiscos recién sometidos a los árabes; unos millones de españoles muy despacio convertidos al Islam, que resistieron luego un siglo a sus dominadores — el ix — y que no sólo conservaron su lengua sino muchas de sus ideas y de sus costumbres premuslimes, de tal manera dilapidaron rápidamente su herencia temperamental preislámica que al cabo de unas décadas se hallaban ya orientalizados. En un caso, mil años no bastaron para extinguir la vida activa de un mito de la lejana Roma, en tierras españolas en las que el mito apenas había tenido difusión²³ y que habían presenciado tres sucesivos cambios religiosos y culturales. En otro, unas docenas de años bastaron nada menos que para arabizar la *forma mentis* y la reacciones vitales de una comunidad nacional sojuzgada por una ínfima minoría de dominadores, en gran parte africanos. Vuelvo a repetir lo que he dicho hace poco: ningún historiador del mundo se habría aventurado a hacer lo que Castro. Y vuelvo a preguntar qué pensaría el crítico más benévolo de quien se atreviese a realizar una análoga mudanza de criterio al puro servicio de un apriorismo, y qué de quien osase suponer a los indios del Perú o de Méjico hispanizados ya vital y mentalmente a principios del siglo xvii.

Mientras no adopte un sistema diferente de creación histórica, es inútil discutir con Castro. Puede seguir creyendo que la herencia temperamentalmente hispana, acuñada en los milenios anteriores a la invasión islá-

²³ Demostraré este aserto en mi estudio *El culto de Santiago no deriva del mito dioscórido*. *Cuadernos de Historia de España*, XXVIII. Quede dicho aquí que entre los siete millares de inscripciones hispano-latinas, de las cuales cerca de uno y medio se dedican a honrar a los dioses, sólo en cuatro se menciona a Castor y Pólux y que de ellas, tres proceden de Andalucía y una de Cataluña.

mica, no contó en la forja de la contextura vital española. Puede seguir desconociendo los textos claros, precisos, terminantes que contradicen la oposición por él establecida entre lo hispano godo y lo español ²⁴. Puede seguir persuadido de que los millones de habitantes de la Península, con una historia bimilenaria a las espaldas en 711, se convirtieron en orientales por arte de magia en un abrir y cerrar de ojos; nadie podrá acompañarle en tal fe. Puede seguir convencido de que en un maravilloso juego de manos ha conseguido hacer desaparecer por la manga la estructura orgánica de los españoles premuslimes y que ha logrado demostrar que el españolísimo Ibn Házim fué un puro oriental; porque escribió algunas frases como esta: «yo no soy como las bestias que confunden un jardín con una pradera» y porque era tan orgulloso como algunos musulmanes no españoles! Puede seguir alzando toda su teórica de nuestra historia sobre la supuesta transmisión a la cristiandad norteña de puras esencias orientales por los nietos de los hispano-romano-visigodos, sólo con algunas gotas de sangre no peñinsular, sólo en parte convertidos al Islam y a lo sumo culturalmente mestizos. Puede seguir haciendo de Santiago *Deus ex machina* de la historia española y pensando que «reyes, clérigos y pueblo no pensaban que hubiesen de hacer algo por sí mismos mientras confiaban en la espada refulgente e invectisima del Apóstol» ²⁵. Puede seguir juzgando que

²⁴ A la serie de textos que reuní en mi *España, un enigma histórico*, I, pp. 132-134 y 242-247, textos que no dejan el menor resquicio a la duda y que destruyen la errónea y tajante diferenciación que Castro ha pretendido establecer entre los hispanogodos y los hispano-cristianos de la Reconquista, puedo añadir el pasaje donde Juan de Biclario refiere que, en 589, 300 godos vencieron a 60.000 francos, por la Gracia de Dios y como celeste recompensa por la conversión de Recaredo al catolicismo (*M. G. H. Auct. Antq.*, XI, p. 218). He destacado el parentesco psíquico que une esa noticia de un cronista hispano godo del siglo vi y la del Rey Magno (866-910) sobre el milagroso triunfo de Pelayo en Covadonga (722), en mi monografía: *El relato de Alfonso III sobre Covadonga*, *Humanitas*, III, 9, Tucumán, 1957, pp. 22-23. Juan de Biclario convirtió, por tanto, a Dios en juez supremo y permanente de los sucesos históricos, décadas antes de que se iniciara la misión religiosa de Mahoma y siglos antes de que consignaran el mismo pensamiento los cronistas cristianos posteriores a la invasión islámica. Si Castro hubiese leído los textos hispanogodos — de ninguno inédito he dispuesto — se habría ahorrado su fantástico error. Mucho me engañaré si lo rectifica. Es fiel a sus tesis, aún después de leer las más evidentes pruebas de sus yerros. Es seguro que elucubrará una ingeniosa defensa de su caduca teoría con derroche de conceptuosos y maquiavélicos argumentos... para engañarse a sí mismo porque, claro está, a ningún estudioso logrará convencer.

²⁵ He señalado varias veces el continuo zigzagueo de las continuas contradicciones de Castro. No ha escapado a tan interrumpidas vacilaciones su juicio sobre el papel

Cataluña es una unidad histórica peculiar dentro de España porque hasta el siglo XII no la cruzó un frecuentado camino de peregrinos; cualquier mediano conocedor de los procesos genéticos de las comunidades históricas tendrá que frotarse los ojos para estar seguro de no haber leído mal. Puede seguir desconociendo el evidente enlace entre literatura y vida que se halla en la raíz de las peculiaridades de nuestras creaciones espirituales; conexión que permite explicar, sin acudir a la supuesta simbiosis de lo cristiano, lo árabe y lo hebraico, las singularidades de nuestra épica, la tardía aparición de la lírica en Castilla, el dramatismo y la vida de nuestras creaciones poéticas, la sonrisa burguesa del Arcipreste y otros muchos fenómenos literarios y lingüísticos hispanos. Puede seguir deformando a su placer las figuras de Berceo, el Arcipreste, don Sem Tob, etc., etc., olvidado de que como cimiento, y no inerte, de la vida literaria había en Castilla un pueblo con características sociales, económicas y políticas sin par en Europa a la sazón. Puede seguir atribuyendo a los judíos la aparición del castellano como lengua de cultura; han rechazado esta tesis hebraístas y romanistas y para elucubrarla y mantenerla ha tenido que prescindir de la estructura social de la Castilla del siglo XIII. Puede seguir confundiendo el sultanismo con el donjuanismo y arriesgándose a vincular el tema costumbrista del neurótico señor musulmán que compraba esclavas a su agrado y las vendía cuando de ellas se cansaba — Castro le califica a capricho de veleidoso seductor — con el personaje dramático del mozo libertino que burlaba mujeres con audaces engaños y jugándose la vida en el envite ²⁵. Puede seguir atreviéndose a saltar sobre el vacío histórico

desempeñado por Santiago en nuestra historia. Después de dar gusto a la pluma y de escribir la frase copiada en el texto, se dió cuenta de su retórica desmesura y en su librito polémico, aunque siguió abultando hasta la hipérbole la acción del Apóstol en nuestra vida histórica, echó agua al vino de su deliciosa expresión ahora reproducida y escribió: « Piénsese después de todo, que Santiago no significó, cuando era algo auténtico, una invitación al ocio, pues sus partidarios tenían que combatir tan recio como él ». Y Castro se queda tan tranquilo como si no hubiese rectificado su anterior afirmación, tan fantástica como barroca. O cree tontos a sus lectores e incapaces de percibir esos cambios de postura, o mucho confía en poder distraerlos y engañarlos con su habitual juego de muleta. Síganle quienes no sean capaces de comprender que tales contradicciones — puedo llenar con ellas muchas páginas — son incompatibles con la posesión de la verdad histórica.

²⁶ No quiero aquí repetir los detenidos alegatos de mi libro contra la condición de proto Don Juan, que Castro ha atribuido al cordobés Ibn Abi 'Amir. Me interesa sólo discutir, su intento de defender su teoría. Para justificar su caprichoso enlace entre los dos personajes literarios de Ibn Hazm y de Tirsó arriba aludidos, alega el hecho de que éste aprovechara el tema virgiliano de Eneas — Tirsó cita a Eneas *nominatim* — al

absoluto, traducido en el absoluto silencio textual y legendario, que aparta las creaciones literarias de Ibn Hazm y de Tirso y, que, aparta también otros muchos binomios disímiles por Castro engarzados sin razón. Puede seguir ignorando el mágico entrecruce de la vida económica y de la vida del espíritu y la eficacia de los procesos institucionales en la acuñación de la contextura de los pueblos; nadie puede negar sin embargo el enlace de lo numinoso, de lo cultural y de lo material en las consecuencias históricas de las peregrinaciones a Santiago, y menos aún el colosal impacto de las proyecciones sociales y políticas de la reconquista y la repoblación en la integración de lo que Castro llamaría nuestra *morada vital*, es decir de nuestra contextura orgánica. Puede seguir pensando que el riguroso matemático Rey Pastor « ha faltado a la verdad » y ha inventado la ciencia española del siglo xvi a su capricho. Puede seguir afirmando que, por lo impetuoso de nuestra fe, los cristianos españoles estábamos incapacitados para las creaciones científicas y técnicas, olvidado de los avances científicos y técnicos de los islamitas en cuyas vidas la fe desempeñaba papel más decisivo que en la nuestra. Puede seguir menospreciando a nuestros matemáticos, nuestros cosmógrafos, nuestros naturalistas, nuestros botánicos... y a nuestros filósofos, nuestros juristas, nuestros economistas... aunque tal desdén descubra su desconocimiento de los últimos estudios sobre ellos. Puede seguir declarando, en oposición a sus viejas teorías²⁷, que la política filipina no incidió en la declinación del apetito de saber de nuestros abuelos; ¿quién se atreverá emperó a afirmar que las creacio-

dramatizar la seducción de la pescadora por Don Juan. Mucho confía Castro en la incul-tura de sus lectores al arriesgar tal argumento. No es parangonable la saturación de los españoles de los siglos xvi y xvii por los temas y los personajes literarios de la anti-güedad clásica con su desconocimiento de la remota literatura hispano-árabe de alre-dedor del año 1000. Ningún escritor español del Siglo de Oro ignoraba la leyenda de Eneas. *El collar de la Paloma* fue incluso olvidado en seguida en la España musul-mana, como ha probado García Gómez. Pero, ¿por qué Castro ha de obstinarse en defender lo indefendible? Nada más noble que saber rectificar; y nada más útil. Pues insistiendo en el error probado, se pierde crédito en la defensa de las opiniones discu-tibles. Como se pierde al presentar a su comentador — en este caso al presentarme concretamente a mí — como capaz de confundir a los personajes literarios con perso-nas de carne y hueso y al pretender que, para aceptar el enlace por él defendido, su crítico — yo — requiere la contemporaneidad de los temas poéticos o dramáticos que Castro intenta vincular. Sólo la falacia o la mala intención — que Castro elija — pueden explicar sus torpes acusaciones.

²⁷ Remito a *La realidad histórica de España*, p. 603 y ss. En ella reconoce el daño que « la furia aldeana de la inquisición » hizo « a la cultura intelectual » y aporta muchos ejemplos de las consecuencias de ese daño.

nes culturales no requieren la íntima comunicación entre los pueblos y una mínima libertad espiritual? Puede seguir predicando a propios y extraños su fe en la estulticia integral y multiseccular de los hispanos de aquende y allende el Atlántico a quienes, según él, la cultura universal no debe nada; a los que cree incapaces de haberse interesado jamás por nada ni por nadie y, que, según afirma; se hallan a veces convencidos de que son invenciones suyas las técnicas extrañas cuyos productos usan! Puede seguir creyendo que los conquistadores de América y los guerrilleros que lucharon contra Napoleón realizaron sus proezas al puro servicio de su fe cristiana; los historiadores de ambos procesos históricos sonreirán o se irritarán según su particular temperamento. Puede seguir fiel a su desdén hacia la acción conjugada de la tierra y de la historia en la forja de los pueblos y a su fe en las posibilidades de cambio de las tierras por los pueblos pero no de los pueblos por la historia; Castilla habría podido ser convertida en un vergel si los castellanos lo hubiesen querido pero los castellanos estarían condenados a ser siempre iguales a si mismos... Puede seguir lanzando cuantas afirmaciones gratuitas tenga a bien; allá él.

Castro ha terminado su librito con estas deliciosas palabras: « Es enojoso tener que descender a elementalidades de escuela primaria pero ... cuando cuatro profesores universitarios especializados en historia — uno de ellos soy yo — no saben quiénes fueron los Dioscuros, ni Mahoma, ni la Conquista de América, ni los musulmanes de España, ni tanta otra cosa, teme uno que se produzca un comienzo de alucinación generalizada. Había que atajar el proceso infeccioso cuando es tiempo ». ¡ Nunca le agradecerán bastante su magnánimo interés salúfero los estudiosos de la Historia de España !

* * *

Y ahora una asombrosa declaración final: A pesar del tono de su libro me complacen algunas de sus páginas. Cierto que me declara tonto en él y se permite aconsejarme lo que debo hacer, pero sus dicitos carecen de importancia. Tiene por tontos a todos los historiadores profesionales, de Menéndez Pidal abajo ²⁸. Públicamente ha mostrado su

²⁸ Castro no puede comprender que sigamos nuestro camino con humildad científica, sin detenernos a dogmatizar ni agistralmente. Porque él no puede sustraerse a su pasión por tales formulaciones teóricas. En el librito polémico que motiva estas líneas ha dedicado varias de sus orgullosas, zigzagueantes, confusas y retorcidas páginas a tales definiciones *ex cathedra*. Ha opuesto otra vez — *Santiago de España* está

desprecio por la labor de todos nosotros y en una carta suya de hace años a que he aludido antes, descubre el mismo juicio sobre los trabajos del gran maestro común. El orgullo pierde a los hombres. Los auténticos grandes del pensamiento español contemporáneo Unamuno y Ortega y Gasset nunca se atrevieron a descubrir una soberbia pareja, aunque no disimularon sus desdenes por las obras de Castro, desdenes de los que puedo ofrecer testimonios y que él no desconoce.

Estulta o malintencionadamente me atribuye Castro tantas facecias — para darlas apariencias de verdad no vacila en truncar mis textos y hasta en atribuirme lo que nunca he dicho ²⁹ — que si antaño me irri-

ñundado de viejos alegatos, — las proyecciones subjetivas de la creencia a las objetivaciones impersonales de la ciencia. No podemos sino felicitarle por ese y por otros muchos *descubrimientos* parejos. Y ningún reproche cabría hacer a tales *hallazgos*, si no se atreviera a sacar de ellos consecuencias fantásticas sobre la historia de España. Que él prosiga su senda. Yo seguiré la mía.

²⁹ He aquí dos ejemplos entre muchos que podría recoger. « Me acusa — dice de mí — de ignorar que se escribían en gallego poesías de temas muy libres que los castellanos leían (I, 498), demostrando ignorar lo dicho por mí en *La realidad histórica* (p. 459) ». Pero es el caso que yo no he escrito tal cosa ni en la p. 498 del t. I de mi obra, ni en ningún otro lugar de la misma.

Me cita así : « Américo Castro suele olvidar la importancia de la milenaria tradición mediterránea... Los versos de Juan Ruiz contra los excesos en el beber no pueden servir, por tanto, para vincular el libro del Buen Amor con la experiencia religiosa y artística del Islam ». Pero con esos puntos suspensivos calla cuantas noticias recojo de la tradición mediterránea sobre el daño del vino, para la salud y para el amor, en Marcial y en San Isidoro, entre otros.

A más de hacer ese *juego de manos* tan poco científico, Castro me reprocha muy airado el haber traído a colación los numerosos testimonios históricos y literarios que acreditan el uso y el abuso del vino por los musulimes españoles, para negar origen hispano-islámico a las palabras del Arcipreste sobre los males que acarrecaba la bebida. Dice que frente a esa práctica se alzaba la teoría moral del Islam que condenaba las libaciones alcohólicas. No negaré yo esa oposición. Pero si Juan Ruiz, hombre de letras, hubiese seguido matrices literarias hispano musulmanas, en ellas habría encontrado no las rigurosas condenaciones del Libro Sagrado o de los moralistas contra los bebedores de vino, sino la alegre y pimpante literatura islámica peninsular en elogio del fruto de la vid y de sus gustadores. Habría podido incluso hallar ecos de la misma en *El Collar de la Paloma*, si, contra lo que García Gómez y yo creemos, lo hubiese conocido como Castro erróneamente sostuvo. El mismo Ibn Hazm incluyó esta poesía en su libro.

Me quedé con ella a solas, sin más tercero que el vino
Mientras el ala de la tiniebla nocturna se abría suavemente.

Yo, ella, la copa, el vino blanco y la obscuridad
parecíamos tierra, lluvia, perla, oro y azabache

taron sus fantasías y sus errores — el lector me perdonará la repetición de estas palabras pero no encuentro otras más precisas para definir la labor historiográfica de Castro — hoy me hacen sonreír sus insultos. Y hay, sin embargo, algo en su librito que no puede menos de agradarme.

Castro retrocedió ya mucho de sus primeras posiciones al publicar la segunda edición de su obra con el título: *La realidad histórica de España*. Ese temprano retroceso es sintomático de lo precipitado de su primera construcción teórica. Ningún historiador digno del nombre de tal, a menos de que inesperados descubrimientos invalidan su obra — y eso no ocurrió en el caso de *España en su historia* — cambia tan sustancialmente de opinión en pocos años sobre temas estudiados científicamente.

Castro ha retrocedido aun más en su turbulento *Santiago de España*. Presenta a los cristianos «siendo atacados y acorralados por el rayo-alarido de una extraña creencia» al cabo de un siglo de batallas³⁰ y

³⁰ Castro escribe: «Imagínese el estado de ánimo, al comenzar el siglo ix, de quienes llevaban cien muy largos años siendo atacados y acorralados por el rayo-alarido de una extraña creencia» y discurre sobre las consecuencias de ese acorralamiento y ataque (*Santiago de España*, p. 57). Sus palabras descubren su desconocimiento de la historia española durante el siglo viii. Los historiadores profesionales sabemos que desde la invasión (711-714), aparte del episodio bélico de Covadonga (722), hasta las empresas contra Asturias del 791 en adelante, apenas descargó en el norte cristiano el rayo-alarido sarraceno. Los conquistadores tuvieron demasiado que hacer en las Galias y en Hispania — intentos de conquista allende el Pirineo, guerras civiles en Al-Ándalus, entrada y luchas del primer Omeya — para ocuparse del naciente reino de Asturias. Y éste ora atacó a los musulimes, ora vivió en paz con ellos, según quienes rigieron sus destinos y según la gravedad de sus propios problemas internos. ¿Por qué Castro antes de escribir sobre historia de España, no hace por enterarse de ella? Le habrían evitado esta caída las obras de Barrau-Dibigo y Lévi-Provençal, conocidas, incluso, por los estudiantes de uno y otro lado del Atlántico. La lectura de la bibliografía que le he recomendado repetidamente en mi libro, le habría permitido evitar otras caídas no menos graves de que he dado y puedo aún dar noticia. La de cualquier manual le bastaría: para no aventurar tan absurdos paralelos como los que ha osado establecer entre los imperios árabe y español, por desconocer la historia de ambos; y para no arriesgar errores como el de fijar el inicio de nuestro dominio en Flandes el año en que Carlos V desembarcó en Castilla rodeado de señores flamencos, error a que le indujo su desconocimiento de la historia española del siglo xvi. Véanse las páginas que he consagrado a ambos yerros de Castro en *Cuadernos de Historia de España*, XXI-XXII, 1954, p. 380 y ss.

Puedo escribir un largo libro ensartando una tras otra el rosario de inexactitudes — no quiero emplear otro sustantivo más duro — que sobre historia económica, política e institucional estampa Castro en su obra, y lo escribiré si Castro no se decide a discutir con mesura y a reconocer sus excesos. Sólo el lector ignorante de nuestro

añade: « el cristianismo hispánico salvó su independencia por su enérgica conciencia de ser y querer ser como era ». Frente a la vieja tesis de Castro que hacía surgir lo hispánico de la simbiosis entre lo islámico y lo cristiano, yo había sostenido — sin recurrir a la retórica frase del rayo-alarido — que la pugna entre Cristiandad e Islam en tierras de España había contribuido decididamente a la forja de la pura española. Castro se pasa ahora al moro y acepta mi teoría de la *antibiosis* y hasta reproduce mi idea sobre el angustioso « querer ser » de los hispanos que ha leído en mi España incógnita. « No hubo ocio ni para el tráfico comercial ni para la ocupación sedentaria » — escribe también, consiguiendo una idea ³¹ que no había concebido al escribir *España en su historia* y que he repetido en mi obra ³².

No fué flaco el esfuerzo que hube de realizar para desenredar la maraña de las teorías por él presentadas como verdaderas. Era indispensable, porque como el mismo Castro escribe — me complace suscribir su frase — : « El pasado y el futuro de un gran pueblo merecen ser tratados con mesura y meditación ». Y el del pueblo español había sido estudiado por Castro sin ellas. Pero mi esfuerzo no ha sido vano. Sin descubrir su rectificación, Castro empieza a aceptar, mis ideas y hasta mis palabras. No importa que me injurie. Lo importante es el inicio de su — consciente o inconsciente — colonización por mis doctrinas. Si alguna vez se arrepiente de su pecado de soberbia tendrá que ir muy lejos por este camino. Entre tanto no perdería el tiempo estudiando sin prisa la historia de España.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ.

pasado puede seguir otorgando fe a tesis fundadas sobre tales errores cualesquiera que sean su brillo y su novedad. Cuando alguien no vacile en concedérsela, engañado por la aparente exactitud de sus razonamientos, está demostrando que desconoce el trasfondo de la historia de España.

³¹ Esa idea que ahora acepta contradice sus juicios dogmáticos, de nuevo formulados en *Santiago de España*, sobre la incapacidad de los hispanos para tales empresas como consecuencia « de la exitosa eficacia de sus impetuosas creencias ». He ahí una de las muchas contradicciones de Castro que acreditan la inseguridad, no de la vida histórica española, sino de sus propias teorías.

³² En *La realidad histórica de España*, p. 583, había escrito « El cristiano se habituó a no necesitar conocer la naturaleza y el manejo de las cosas porque no era exigido por la gran tarea de conquistar la tierra ». Ahora piensa, como yo, que fue esta gran tarea la que no dio plazo al cristiano para conocer la naturaleza y para aprender a manejar las cosas.